

# CAPITÁN RILEY

Por  
Fernando Gamboa

© Fernando Gamboa González 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

[Twitter](#) & [Facebook](#)  
[www.gamboaescriptor.com](http://www.gamboaescriptor.com)

«Todos nuestros loados progresos tecnológicos son como el hacha en manos de un  
criminal patológico»  
Albert Einstein

«Mas el fin de todas las cosas se acerca»  
(1Ped 4:7)

## Pingarrón

23 de febrero de 1937

*Valle del río Jarama*

*Madrid, España*

El sol acababa de ocultarse tras los huraños cerros que ocultaban el horizonte, poniendo término al fin, a aquel sangriento día de feroces combates en la sierra madrileña.

Las primeras estrellas despuntaban con aprensión en el cielo añil, asomándose al crepúsculo, condenadas a contemplar un día más el absurdo y violento mundo de los hombres. Un mundo en el que el sargento Alejandro M. Riley las observaba absorto desde el fondo de su trinchera, del mismo modo que durante años lo había hecho centenares de veces mientras trazaba un rumbo desde la oscilante cubierta de un navío en alta mar.

En esta ocasión, sin embargo, en su cabeza no había abatimientos, marcaciones ni derivas. Solo la necia fantasía de que los comandantes de ambos bandos, reclinados sobre un mapa de España, pudieran repartirse civilizadamente los pasos de montaña y los puentes con escuadra y cartabón, mientras los soldados permanecían en sus casas con sus familias, en lugar de estar abonando con su sangre aquella tierra vieja, ingrata y estéril.

Pensó también el sargento, con una mueca agrietada por el polvo y la mugre, que en caso de disputa incluso podrían jugarse el país a las cartas. Decidir el resultado de las batallas de aquella guerra civil tan cainita y brutal, con ases de bastos o reyes de oros. Tendría su gracia —esbozó una sonrisa sin humor, imaginándose la escena entre dos generales con las cartas en la mano—; «Escalera al siete, me quedo con Albacete».

Total, el resultado no podía ser peor del que ya era, y más de uno estaría de acuerdo. Y más de dos.

Pero no.

Había que hacerlo por las malas.

—La madre que los parió a todos... —masculló entre dientes con la mirada aún puesta en el cielo.

—¿Decía algo, sargento?

—Nada, mi capitán. —Se volvió sobresaltado, al darse cuenta de que lo había dicho en alto—. Que... no me gustan los toros.

El capitán John Scout, un buen hombre de aspecto cansado y pocas palabras que llevaba en las Brigadas Internacionales desde el inicio de la guerra, miró de reojo a su segundo, —ascendido unas horas antes, cuando una granada dejó al teniente Warner con las tripas al aire y una plaza vacante—, quien arrebuñado en la cazadora de piel que distinguía a los miembros del Batallón Lincoln, se aferraba con ambas manos al máuser que apoyaba en el suelo, sentado junto a él en la penumbra de la tosca trinchera.

—Ya, claro —rezongó, sin necesidad de más aclaración.

A sus espaldas, trescientos metros más arriba, se encontraba la cima —por llamarla de algún modo— del cerro Pingarrón. Una patética colina sembrada de olivos carbonizados, cuyo único mérito era hallarse junto la carretera que iba de Arganda a Morata. Según el alto mando, la arteria que nutría de sangre a Madrid y sin la cual la capital de la República se vería asfixiada y sin posibilidades de sobrevivir a un asedio por parte del ejército rebelde. Claro que, como solía suceder en esos casos, el problema era que el enemigo tenía exactamente la misma opinión sobre la importancia estratégica de dicho enclave, lo que supuso que ambos bandos lucharan encarnizadamente por la posesión del Pingarrón como si del paso de las Termópilas se tratara, y en lo que iba de día, ya había cambiado de manos tres veces a costa de la vida de más de mil soldados. Más de mil soldados que ahora eran cadáveres, sembrando con su carne cubierta de moscas las faldas del maldito cerro y tiñendo de sangre fascista y republicana, en conspiradora fraternidad, aquel suelo acre y seco de la meseta central castellana.

A última hora de la tarde, unos y otros habían hecho una pausa en la carnicería para retirar a los heridos —a los muertos ya nadie se molestaba en sacarlos, o siquiera en contarlos—, pero ello suponía que, una vez apagado el furioso zumbido de los cazas que se batían sobre sus cabezas, detenido el escalofriante tableteo de las ametralladoras y acallados los obuses que habían caído sin pausa entre géiseres de polvo, carne y huesos.

Una vez que el rugido de la guerra se detuvo, se empezaron a oír los gritos. Atroces gritos de dolor de hombres heridos, mutilados y moribundos, que en su último aliento llamaban a Dios o a sus madres mientras lloraban como niños perdidos.

Tratando de abstraerse de aquellos pensamientos, Alex Riley levantó de nuevo la mirada para contemplar lo que quedaba de la primera compañía del batallón, compuesto en exclusiva por jóvenes norteamericanos que un día se presentaron voluntarios en aquella primera guerra contra el fascismo que se libraba en España, pero que en ese momento hubieran cambiado la mitad de sus ideales por unos huevos con beicon, un café caliente y una manta.

El aspecto de aquellos muchachos imberbes —y vírgenes en su mayoría—, pero ya con decenas de muertos a sus espaldas, no podía ser más desolador. Casi todos estaban heridos de mayor o menor gravedad, cubiertos de sangre propia y ajena, oliendo a sudor, miedo y orines, exhalando nubes de vaho apretujados unos con otros, tratando de entrar en calor como sucios y macilentos corderos que se sabían a las puertas del matadero. Sumaban menos de la mitad de los que eran esa misma mañana, y en las pupilas de cada uno de ellos se podían leer los nombres de los camaradas y amigos que habían perdido. En un solo día habían matado, visto morir y vivido cien vidas. Nunca, ninguno de ellos, volvería a ser el mismo.

Alex dejó a un lado su fusil y se subió la cremallera de la cazadora, preparándose para el espantoso frío de la ya inminente noche, que de nuevo volvería a bajar de cero y se llevaría con ella a los más débiles. Hurgando en los bolsillos encontró unas migas del pan que repartieron el día anterior, y juntándolas en la sucia palma de la mano como a una recua de diminutas vacas se dispuso a comérselas. Sin embargo, se volvió hacia su capitán y alargando la mano le ofreció compartirlas.

—No, gracias, Alex —alegó el oficial, frotándose la barriga—. Creo que no me sentó bien la tarta de manzana del almuerzo.

Alex, que sabía que Scout no había comido nada en dos días, asintió con la cabeza.

—Es que en España no tienen ni idea de cómo hacerlas —coincidió circunspecto—. Siempre se les va la mano con el glaseado.

En ese preciso momento una sombra apareció desde la retaguardia zigzagueando con la cabeza gacha y, tras preguntar a un soldado varios metros más atrás, se acercó a donde ambos estaban.

Un mal presagio cruzó la mente de Alex, y cuando descubrió que se trataba de un mensajero y que de su pequeño zurrón sacaba una carta que entregó al capitán, el presagio se convirtió en terrible sospecha. De ahí a la fatídica certeza mediaba solo el contrariado suspiro de su oficial y la forma en que este lo miró justo antes de abrir la boca.

—Nos ordenan que tomemos las posiciones enemigas —dijo con resignado fatalismo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Pero...

—Lo sé.

—Mierda.

—Prepara a los hombres —ordenó, sacudiéndose la guerrera y asumiendo de nuevo el papel de oficial al mando—. Y por los clavos de Cristo, cambia esa cara, que hemos de dar ejemplo.

—Lo que usted ordene, mi capitán —afirmó tras inspirar hondo, tratando de que el aire frío le insuflara la fuerza necesaria para acercarse a sus compañeros de armas y pedirles un último esfuerzo, un penúltimo sacrificio.

El sargento Riley se incorporó trabajosamente, y procurando no asomar la cabeza por encima del parapeto, se aproximó a los exhaustos soldados que alfombraban la trinchera recostados unos sobre otros.

—Camaradas... —dijo alzando la voz para que todos le oyeran—. El alto mando acaba de ordenarnos que retomemos el cerro. Así que comprobad los fusiles, recoged la munición y poneos bragas limpias. Esta noche dormiremos en las trincheras fascistas.

Una retahíla de bufidos, quejas y velados improperios recorrieron lo que quedaba de la maltrecha compañía. Alex Riley compartía aquellos reproches, y sabía tan bien como ellos que sus vidas valían más que todos los Pingarrones del mundo juntos. Pero habían recibido una orden, y aunque eran soldados voluntarios en una guerra que no era la suya,

en un país que no entendían, como carne de cañón en un improvisado ejército liderado por incompetentes generales a los que detestaban casi tanto como al enemigo, no les quedaba más remedio que obedecer y rezar para llegar vivos al día siguiente.

—No quiero oír ni una protesta más —atajó Alex, endureciendo el tono—. Hemos venido aquí a luchar y a morir si es preciso. Así que dejad de comportaros como unas señoritas remilgadas y coged vuestros fusiles. El enemigo está ahí arriba —señaló hacia la cumbre, tratando de arengarlos—, a solo unos cientos de yardas. Son los que hoy han matado a Lipton, a Hicks, a Paletti... a todos nuestros camaradas, que ahora están ahí fuera, pudriéndose, asesinados por defender la libertad. ¿Dejaréis que sus muertes hayan sido en vano? —Y paseando la mirada entre los rostros demacrados, añadió con una mueca feroz—: ¿No creéis que se merecen una buena venganza?

Esa era la palabra clave: venganza. A esas alturas de la guerra, los ideales ya no valían ni el papel en que estaban escritos. Cuando la muerte se convierte en una presencia diaria, real, palpable como el hambre en las tripas, y los amigos caen uno tras otro para ya no volver a levantarse, los soldados dejan de luchar por una causa, una bandera o un trozo de tierra. Lo hacen tal como lo hicieron los espartanos, los macedonios o los romanos, cientos o miles de años atrás, por el hombre que tienen a su lado. Luchan por su vida y por la de sus compañeros, por aquellos que saben que también darán su vida por ellos y les vengarán si es preciso. Al final todo se reduce a eso, y el sargento Riley, de profesión marino mercante y que no llevaba ni un año siendo soldado, ya lo sabía por experiencia propia.

—¡Vamos! ¡Arriba! —insistió, viendo cómo los primeros comenzaban a ponerse en pie con cansancio—. Que nadie pueda decir jamás que en el Batallón Lincoln hubo un solo cobarde. Acabaremos con esos hijos de puta fascistas. ¡Por nuestros hermanos caídos! —gritó al fin, alzando el fusil por encima de la cabeza—. ¡Por la libertad!

—¡Por nuestros hermanos! —corearon los soldados, imbuidos de un súbito coraje impensable minutos antes—. ¡Por la libertad!

Fue entonces cuando el capitán Scout se aproximó a ellos y tras cruzar una breve mirada con su sargento desenfundó su Colt del 45 y se volvió hacia sus hombres.

—¡Primera compañía! —gritó, encaramándose sobre el parapeto— ¡Adelante!



Y no bien había terminado de decir la última sílaba, que una ráfaga de ametralladora barrió las defensas y el capitán Scout cayó de bruces en la trinchera, ya muerto, con tres agujeros de bala atravesándole la espalda.

Tras un breve instante de desconcierto, Alex Riley comprendió que acababa de ser ascendido y que la suerte de los soldados que miraban atónitos el cadáver desmadejado del capitán, ahora estaba en sus manos. Durante un segundo, escuchando como las balas del nueve largo zumbaban sobre su cabeza, se planteó desobedecer la orden de ataque y salvar la vida de muchos de aquellos hombres. Hombres que, comprendiendo cuál era la línea de sucesión en la cadena de mando, lo observaban con preocupado interés, atentos a cuál iba a ser su primera decisión.

Alex, a su vez, también los miraba a ellos. Reparó en el soldado Curtis de Seattle, que se alistó siguiendo a su hermano mayor en su cruzada personal contra el fascismo, y que ahora era hijo único. En el soldado Hall de Vermont, impecable con la boina azul y su chaqueta de cuero hasta el punto de parecer que venía de dar un paseo por el parque, y que le hizo merecedor del apodo «el pulcro». O el cabo Joaquín Alcántara, un gallego al que todos llamaban Jack y que siendo un niño emigró a los Estados Unidos de la mano de sus padres, echó raíces en Nueva York, y en cuanto supo del golpe de estado militar en la tierra que lo vio nacer, dejó su trabajo como chef en un restaurante de la setenta y cinco con Ámsterdam para alistarse en la Brigada Lincoln. Cuando lo conoció, debía pesar sus buenos ciento treinta kilos y aún no se explicaba cómo pudo superar el examen físico, pero con el tiempo demostró poseer una inimaginable agilidad, fuerza, resistencia y, sobre todo, un valor y una lealtad como pocas veces había visto.

—Cabo —dijo, dirigiéndose precisamente a él—, ahora es usted el segundo al mando. Si algo me sucede... Bueno, ya sabe.

—Lo sé, mi sargento. Esperemos que no se dé el caso.

—Yo también lo espero, Jack. Yo también lo espero.

El corpulento cabo, quien aun habiendo perdido quince o veinte kilos seguía disfrutando de una rotunda humanidad, se giró primero hacia sus compañeros, que se apretujaban en la trinchera temblando de frío y miedo, y luego hacia su superior.

—Entonces... ¿cuáles son sus órdenes?

Riley inclinó la cabeza hacia atrás, respiró hondo, exhaló y descorrió el cerrojo del máuser para cargar la primera bala en la recámara.

—Tenemos un trabajo que hacer —respondió, ocultando el temor en la voz—. Y por nuestro honor y el de nuestros muertos —miró el cuerpo inerte del capitán—, juro por Dios que vamos a hacerlo.

## 1937-1941

Dos años después de la batalla del cerro Pingarrón, la mañana del 1 de abril de 1939, el general rebelde Francisco Franco —quien desde ese día y durante los siguientes cuarenta años iba a ejercer como dictador absoluto sobre una España devastada por tres años de guerra fratricida—, declaró en un breve parte radiofónico que la guerra había terminado.

Aquel conflicto se había saldado con más de trescientos mil muertos entre ambos bandos —dos terceras partes civiles, y más de la mitad víctimas de represalias a manos de los fascistas—, y la victoria inapelable de Franco y sus tropas, en parte gracias a la decisiva ayuda militar y económica de los regímenes de Mussolini y Hitler.

A los cinco meses de finalizar la guerra civil española, comenzó la segunda guerra mundial.

El 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas invadieron Polonia y se desató la guerra en Europa. En el transcurso de los siguientes dos años, los ejércitos nazis conquistaron un objetivo tras otro y parecían imparables en su avance hacia el este, donde las fuerzas de Stalin se habían replegado hasta las mismas puertas de Moscú. Mientras, en el frente occidental, Bélgica y Holanda habían sido borradas del mapa y la *Wehrmacht* desfilaba ampulosa por las calles de París con la complicidad del gobierno títere del general Pétain. Gran Bretaña, el último bastión aliado en el viejo continente, resistía los intensos bombardeos a los que era sometida a diario, sobreviviendo solo gracias al frágil sustento de los convoyes que, sorteando a los temibles submarinos alemanes, llegaban desde el otro lado del Atlántico cargados de víveres y armas.

Estados Unidos, sin embargo, y a pesar de la ingente ayuda material y financiera que ofrecía a los Aliados, seguía declarándose neutral y su presidente Franklin Delano

Roosevelt se mostraba renuente a enfrentarse a Hitler y su aparentemente invencible maquinaria de guerra.

Mientras tanto, en España, la dictadura del general Franco se mostraba abiertamente simpatizante con el régimen nazi, pero aun así neutral en aquel terrible conflicto europeo que ya había pasado a ser de carácter mundial. El desolado país, gobernado con saña por los vencedores de la guerra civil, permanecía ajeno a lo que sucedía al norte de los Pirineos, sumido en una posguerra que para muchos estaba siendo más cruel aún que la propia guerra. A la escasez y la pobreza de una nación en ruinas se sumaba ahora la represión fascista, ejercida de forma sumarásima sobre todos aquellos sospechosos de haber simpatizado con el bando republicano.

Mucho tiempo atrás, sin embargo, antes incluso de que finalizara el conflicto, vencidos, decepcionados, ignorados por sus compatriotas y repudiados por un gobierno que los tachó de simpatizantes de los comunistas, casi todos los supervivientes de la Brigada Lincoln ya habían regresado a los Estados Unidos, con la esperanza de retomar sus vidas como civiles en un país en paz.

Casi todos.

# 1

21 de noviembre de 1941

*Golfo de Asinara*

*Norte de Cerdeña, Italia*

La mar en calma apenas era alborotada por una suave brisa del norte que, aunque no formaba más que unas pequeñas olas que chapaleaban desordenadas contra el costado de estribor del carguero, provocaba que los dos hombres que esperaban en cubierta, apoyados en la regala, se arrebujaran en sus gabanes. Era una noche sin luna, así que las estrellas se extendían hasta la invisible línea del horizonte y aun más allá, reflejándose en la superficie del Mediterráneo, como si no tuvieran suficiente espacio en el cielo y pretendieran extender su dominio también sobre los mares.

Del hombre de la derecha, aun en la casi absoluta oscuridad —solo las luces de posición de la nave permanecían encendidas—, saltaba a la vista su desproporcionada corpulencia en relación a la estatura. Visto de cerca se descubría un grueso y maltratado abrigo azul, un gorro de lana con una graciosa borla, y bajo este un pelo castaño que empezaba a ralearse en la coronilla, pero que se prolongaba por las patillas hasta una espesa barba que enmarcaba un rostro de facciones amables y dóciles. Los melancólicos ojos grises y las rollizas mejillas sin duda reforzaban tal impresión, aunque la boca, estirada en un amago de burla irónica como si acabaran de contarle un chiste que solo él hubiera entendido, revelaba una personalidad sarcástica tras esa engañosa apariencia bobalicona.

Junto a él, un hombre más alto y delgado, enfundado en una cazadora de piel surcada de remiendos y en la que aún podían distinguirse viejas marcas de insignias y galones arrancados, se frotaba las manos para entrar en calor. Sus inquisitivos ojos color miel parecían penetrar la densa oscuridad como los de un gato, mientras los músculos en tensión de la fuerte mandíbula revelaban un carácter decidido. Un rasgo que en su momento le costó la cicatriz que cruzaba su pómulos izquierdo cuando, en una cantina

portuaria, alguien le cortó la cara con una botella rota al tratar de defender el buen nombre de una dama. Una dama que luego resultó no ser tal ni preocuparse en exceso por su buen nombre pero que, a cambio, supo agradecer con creces cada gota de sangre derramada por ella.

Como recordando aquel lejano episodio, se rascó la mejilla rasposa por la barba de dos días mientras con la otra mano consultaba el reloj de pulsera. El ligero viento alborotaba su ensortijado pelo negro —herencia de su madre, como la ancha mandíbula lo era de su padre—, pues no llevaba un gorro como su amigo, y ni tan siquiera la gorra de capitán que hubiera debido lucir al menos mientras permaneciera en cubierta, ya que al fin y al cabo, ese era su barco.

—Llegan tarde —murmuró el hombre más corpulento llevándose una pipa encendida a la boca, haciendo que el tabaco crepitara en la cazoleta.

—Son italianos, Jack —apuntó el capitán—. No esperarías que llegaran exactamente a medianoche, ¿no?

—Pero eso no significa que...

El primer oficial cortó en seco su réplica al oír una voz de mujer que, con marcado acento francés, avisó desde la cabina del puente.

—Ya vienen, *capitaine* —informó con un tono casi musical—. Por la aleta de babor.

—Está bien, Julie. Avisa a tu marido y a Marco para que ocupen sus puestos.

—Enseguida —contestó alegre, como si la acabaran de invitar a una fiesta.

Alzando la vista hacia el firmamento, Alex Riley inspiró profundamente y llenó los pulmones de aire salobre, lo retuvo durante unos instantes y luego lo exhaló lentamente para calmar los nervios.

—En fin... —murmuró para sí, mientras se preparaba para recibir al barco que se acercaba desde la costa—. Allá vamos.

En cuestión de una hora, el barco italiano, un descascarillado pesquero de madera de dieciocho metros con restos de pintura verde y blanca que desprendía un fuerte tufo a pescado, ya se encontraba abarloado al costado de babor, y treinta de las treinta y dos cajas de madera del cargamento ya habían sido trasladadas de una bodega a otra, con la

ayuda de la grúa del carguero y de los cinco desarrapados marineros que tripulaban la pequeña nave.

Extrañamente —sobre todo tratándose de marineros italianos—, los supuestos pescadores no cruzaron una palabra entre ellos en todo ese tiempo. Quizá porque no había nada que decir, pensó Riley, sin darle mayor importancia. Pero por otra parte, el patrón del Madonna di Campello, que se presentó sencillamente como Pietro, no había parado de otear el horizonte mientras daba caladas inquietas a un cigarrillo tras otro, y Alex hubiera jurado que, con disimulo, había dirigido gestos a sus hombres para que se tomaran el trasvase de mercancía entre ambos barcos con más calma de la necesaria.

A pesar de la intensa actividad, solo se escuchaban los pasos sobre cubierta y el rítmico crujir del costado de madera del pesquero, rozando contra el casco de acero del Pingarrón, un navío de carga costero de cuarenta y cinco metros de eslora, ocho de manga y con una superestructura de dos cubiertas en el tercio de popa. En la primera de dichas cubiertas se encontraban los camarotes y un pequeño almacén, mientras en la superior se hallaba la casamata del puente de mando del buque además de, en un amplio y diáfano espacio justo detrás, la sala de mapas, la cocina y el comedor. Todo ello a la sombra una solitaria chimenea sin emblemas que coronaba la superestructura. Las cuatrocientas veinte toneladas de desplazamiento en vacío del buque le permitían transportar un peso casi equivalente en mercancía, lo que lo convertía en un estupendo navío de cabotaje. Construido en Escocia en 1929 por los astilleros Harland & Wolff, y bautizado como Inverness, desde hacía tres años este barco diseñado originalmente para el transporte, tendido y reparación de cables submarinos, navegaba ahora bajo bandera española con otro nombre, otra dotación, y otro capitán que se dedicaba a un negocio mucho más provechoso en tiempos de guerra que el de los cables submarinos.

Justo al depositar la última caja sobre la cubierta del Pingarrón, escrupulosamente revisada como todas las anteriores por Joaquín «Jack» Alcántara, Alex le hizo entrega al patrón italiano de un abultado sobre lacrado. Aquel lo sopesó primero, luego lo abrió y sacó de él un buen fajo de francos suizos que comenzó a contar con exasperante lentitud, se equivocó un par de veces y tuvo que volver a empezar entre ademanes de disculpa.

Justo cuando Alex estaba a punto de ofrecerse él mismo a contar los billetes, Julie, que se había mantenido oculta hasta ese momento, se asomó de nuevo por un ventanuco del puente y, señalando hacia el sur, dio la voz de alarma:

—*Capitaine!* ¡Tenemos compañía!

Alex corrió hacia la popa oliéndose lo peor. Encaramándose a la escalerilla del puente descubrió cómo, hendiendo la noche con sus focos, se aproximaba a toda máquina una lancha patrullera que de seguro no estaba allí por casualidad. Aún se encontraba a unas diez millas de distancia, pero a esa velocidad sería cuestión de minutos que los alcanzaran.

—Son los *carabinieri* —avisó a su segundo—. Corta las amarras y ordena a Julie que ponga rumbo norte, a toda máquina.

—Pero ¿cómo demonios nos han encontrado? —protestó Jack mientras se alejaba.

—Creo tener una ligera idea —dijo Alex, volviéndose con cara de pocos amigos hacia los pescadores que, ya de regreso en su propio barco, los observaban tranquilamente como si la cosa no fuera con ellos.

—Lo siento mucho, capitán —fingió disculparse el patrón italiano—. Pero son tiempos difíciles —y con un gesto, hizo que sus hombres sacaran unos fusiles ocultos entre los aparejos y les apuntaran a él y a Jack—. La patrullera llega tarde, pero a tiempo para resolver este negocio satisfactoriamente.

Alex levantó las manos y meneó la cabeza como si se sintiera decepcionado, pero luego sonrió sin ganas, dándose la razón a sí mismo de que aquello tenía que pasar.

—Supongo que os repartiréis el botín, ¿no? —inquirió—. ¿Cómo lo habéis hecho? ¿Cincuenta y cincuenta? ¿Cuarenta y sesenta?

Pietro sonrió, desenfundó una Luger y apuntó también a Alex desde su cubierta.

—En realidad —respondió fríamente—, el dinero, la carga y la recompensa será para nosotros, y vuestro barco y las medallas para ellos —dijo señalando hacia atrás con el pulgar.

—Estás cometiendo un error.

—Yo no lo creo.

—Muy bien... como quieras —y sin girarse, exclamó—: ¡Caballeros, hagan el favor!



Para sorpresa de los pescadores italianos, que no daban crédito a lo que veían, de seis de los ojos de buey de la superestructura del Pingarrón asomaron simultáneamente otros tantos cañones de fusil, mientras por el tambucho de la cubierta de proa emergía un tipo de casi dos metros con aspecto de boxeador retirado: pelo rapado, nariz torcida, boca cruel y la mirada despiadada de alguien que no siente excesivo apego a la vida —a la vida ajena, para ser más precisos—. El fulano, con abrigo del ejército yugoslavo y pantalones de los *Afrika Korps*, apareció fumándose un humeante puro, mientras sostenía como si tal cosa una metralleta Thomson apoyada en la cadera derecha y un cartucho de dinamita en la mano izquierda. Un cartucho cuya mecha arrimó despreocupadamente al puro, hasta que esta se encendió y empezó a soltar chispas mientras se consumía en dirección al explosivo.

—Bien —dijo entonces el capitán Riley, bajando las manos y desenfundando un Colt 45, recuerdo de la Guerra Civil—. Tengo a seis hombres apuntándote con rifles y a un mercenario medio loco con un cartucho de dinamita que está deseando utilizar. Supongo que eso cambia un poco las cosas, ¿no?

El patrón italiano se quedó de una pieza, y a sus marineros les faltó tiempo para tirar las armas al suelo cuando comprendieron que no tenían nada que hacer, ya que si la dinamita caía sobre su frágil barco de madera volarían en mil pedazos.

—Los *carabinieri* te atraparán —esgrimió como última amenaza el patrón del pesquero.

—Puede —replicó Alex, lanzando al agua la pasarela que los unía—. Aunque quizá, para cubrir el expediente, esta vez se conformen con incautar un pesquero de contrabandistas locales. —a continuación les dio la espalda como si ya no estuvieran allí, y se encaminó al puente sin perder un instante.

Jack estaba cortando el último cabo con un hacha cuando los dos motores diesel Burmeister, de quinientos caballos cada uno, comenzaron a rugir y hacer girar las hélices gemelas en sentidos opuestos.

—A toda máquina —le dijo Alex a la piloto francesa en cuanto entró en el puente de mando, aún con el pomo de la puerta en la mano—. Esa lancha que viene es mucho más rápida que nosotros.

—Lo sé, *capitaine*. —Llevó la palanca de potencia a la posición de «Avante toda», se asomó al intercomunicador y, como si estuviera pidiendo la carta en un restaurante, dijo con exagerada dulzura—: Mi amor... ¿podrías regalarme un poquito más de potencia, *s'il vous plaît*?

—Eso está hecho, princesa —contestó el eco de una voz desde la sala de máquinas.

—*Merci*. —Sonrió al micrófono y le lanzó un beso.

En ese momento Marco Marovic irrumpía en el puente, todavía sujetando la ametralladora y el cartucho de dinamita.

—Maldita sea, pero qué empalagosos que sois —murmuró, escupiendo como si tuviera un pelo en la boca.

Alex se giró hacia el yugoslavo y comprobó atónito que aún llevaba prendida la mecha de la dinamita.

—¿Pero qué diablos haces todavía con eso encendido?

—Es que estaba pensando en que aún estamos a tiempo de volar el barco de esos bastardos.

—No, Marco. Tenemos la mercancía, no vamos a volar nada ni a nadie.

—Pero serviría como ejemplo, y además, esa lancha de los *carabinieri* tendría que detenerse a recogerlos.

Alex alargó la mano y arrancó la mecha del cartucho con un rápido gesto.

—Déjate de historias y ven a ayudarme a preparar la liebre. Y apaga de una vez ese puro apestoso.

—¿La liebre? ¿Otra vez? —protestó, aplastando el puro contra la barandilla—. Ya sabes que la última vez no funcionó.

—Esta vez lo hará —replicó ceñudo—. Y te he dado una orden. ¿Qué coño hacemos aquí discutiendo?

Con un gruñido el mercenario se dio la vuelta seguido de cerca por Alex, y en la escalerilla que bajaba a cubierta se cruzaron con la gran humanidad de Jack, al que el capitán dejó al mando del puente.

Sin perder un instante Alex se encaramó a uno de los dos pequeños esquifes de popa, y tras colocarle un mástil en el centro empezó a trastear con unos cables y una batería.

—¡Marco! —gritó al yugoslavo—. ¡Alcánzame la pértiga! —Le señaló un delgado travesaño de casi ocho metros, con una bombilla en cada extremo.

A oscuras, pues ahora solo la luz de las estrellas iluminaba la cubierta, Marco agarró el listón y se lo pasó a Alex que, tras asegurarlo para que no cayera y sin detenerse, accionó los cabestrantes que hacían descender la chalupa hasta que esta se posó en el agua tres metros más abajo.

Con movimientos febriles y casi a tientas, el antiguo sargento del Batallón Lincoln ató el listón perpendicular al mástil, conectó un par de cables más a la batería y le hizo una señal a Marco levantando el pulgar.

Imitándolo, Marovic hizo el mismo gesto para que lo vieran desde el puente, donde Jack a su vez accionó un interruptor que mezclaba queroseno pulverizado con el humo de la chimenea, y creaba una suerte de niebla artificial. Una niebla que, al extenderse tras la popa del barco, les haría virtualmente invisibles durante unos minutos para cualquiera que los estuviera siguiendo, algo que aquella noche sin luna y con los *carabinieri* pisándoles los talones, podía suponer la diferencia entre acabar o no disfrutando de la hospitalidad de una cárcel italiana.

Entonces Jack se asomó por un ventanuco del puente para ver a su viejo amigo bregando con el bote, y haciendo el gesto de una tijera con los dedos a Julie, sin necesidad de palabras, le indicó que apagara las luces de posición de la nave. En cuanto esto sucedió, Alex conectó la batería de la chalupa y otras tres luces se encendieron: una verde y otra roja a cada extremo de la larga pértiga, a estribor y babor, y una blanca en lo más alto de un mástil desproporcionadamente alto, aproximadamente en la misma posición en que esas luces se encontraban situadas en el Pingarrón.

Seguidamente fijó el timón, puso en marcha el pequeño motor que empujaría el esquife en dirección sureste y, tras soltar la amarra que lo mantenía sujeto al carguero, se encaramó por la escala de cuerda y dejó que la lancha se alejara entre la niebla artificial, en dirección opuesta a la que tomaban ellos.

Procurando no perder pie en la escala, Alex subió de nuevo a cubierta ayudado por Marovic, se apoyó en la borda y observó cómo las tres falsas luces de posición se perdían en la oscuridad.

—Ya está echado el anzuelo —dijo volviendo la vista atrás—. Ahora queda esperar que piquen.

—Muy primos han de ser —rezongó el mercenario, poco confiado en la eficacia del señuelo—, para que no se den cuenta de que esos no somos nosotros.

El capitán se volvió a medias hacia Marovic y estudió de soslayo el perfil del hombre que afirmaba haber sido un *chetnik*. Un partisano contra la ocupación de Yugoslavia que había combatido contra las fuerzas del Eje, hasta que su unidad fue aniquilada, y él, como único superviviente, logró alcanzar la costa y llegar a Malta como polizón a bordo de un carguero. Una épica historia que, sin embargo, hacía aguas por todas partes y nunca era igual en cada ocasión que la contaba. Había que ser muy crédulo para suponer que Marovic había luchado alguna vez por algo que no fuera él mismo. Aunque, al fin y al cabo —pensó Riley—, eso tanto daba. Lo había contratado como «figura disuasoria», para dar algo en que pensar a cualquiera que tratara de jugársela. Y lo cierto es que aquella montaña de músculos de mirada demente cumplía su papel a la perfección.

—Si supieras algo de matemáticas... —murmuró Alex, al observar cómo la embarcación de la policía cambiaba de rumbo y se alejaba de ellos, apuntando una sonrisa torcida—, sabrías que el número de primos es infinito.

## El almirante

*Oficinas centrales de la Abwehr*

*Berlín, Alemania*

El despacho del almirante era de una austeridad prusiana, casi ascética, sobre todo en comparación con los de los miembros del partido, quienes no dudaban en hacer ostentación de su jerarquía colgando del techo lujosas lámparas de araña o decorando sus oficinas y salones privados con piezas artísticas requisadas en museos de Ámsterdam, París o Praga.

La única concesión al lujo en aquel sobrio despacho de la calle Tirpitzufer, 74 era una magnífica alfombra de seda persa justo en mitad del despacho, regalo de un banquero español, flanqueada por dos cómodos sofás de cuero negro y sobre la que dormitaban dos dachshund que jamás se separaban de su amo, y a los que, según se rumoreaba, el almirante quería casi tanto como a sus hijas.

Cuadros que rememoraban escenas de batallas navales de la Gran Guerra —sobre todo la Batalla de Coronel, que vivió en primera persona en las costas de Chile—, en recuerdo de la época en que sirvió como oficial en la marina, ocupaban tres de las paredes, y solo en la del fondo, justo tras la mesa de trabajo, estas heroicas pinturas de carácter naval habían dejado sitio a otra mucho menos evocadora. El Führer Adolf Hitler aparecía retratado sobre fondo negro con su uniforme de comandante supremo, las manos cruzadas a la espalda, la mirada fija en el infinito y un porte mucho más intrépido, del que todos los que le conocían en persona sabían que lucía en realidad.

Sobre la superficie del escritorio de cedro que presidía el despacho se amontonaban varias carpetas con el omnipresente marchamo del águila y la esvástica, mientras en su esquina izquierda un pequeño mástil enarbolaba el emblema de la Abwehr, el Servicio Secreto del Estado Mayor, del que ostentaba la jefatura.

El hombre sentado tras aquella mesa, de mediana estatura, delgado y de cincuenta y cuatro años de edad que solo delataban las arrugas bajo sus afables ojos azules, se mesaba las canas mientras estudiaba el documento que sostenía entre las manos. A pesar del día inusualmente caluroso para aquella época del año, mantenía perfectamente abrochado el botón del cuello de la camisa y bien anudada la corbata, bajo el elegante traje de lana gris hecho a medida que llevaba puesto esa mañana —a despecho de su rango, el almirante detestaba los uniformes—, y ni el más mínimo rastro de sudor perlaba su frente.

Unos nudillos golpearon la puerta del despacho. Esta se abrió sin esperar respuesta, y en ella apareció un joven teniente de la marina de actitud exaltada.

—*Hail Hitler!* —exclamó con un furioso taconazo y levantando el brazo con la mano extendida.

Los dos perros alzaron la cabeza y estudiaron al recién llegado con sus ojos eternamente tristes. Ya estaban acostumbrados a las teatrales irrupciones de aquellos enfáticos oficiales, así que pronto perdieron el interés y regresaron a su interrumpida siesta.

—*Hail Hitler...* —contestó el ocupante del despacho, con mucho menos entusiasmo y apenas levantando la mirada de la mesa.

—¿Me permite, almirante? —dijo el recién llegado, mirando en posición de firmes un punto en alguna parte de la pared del fondo.

—Adelante, Müller —lo invitó con un gesto—. Tome asiento.

Obediente, el oficial se sentó en la silla más cercana de las tres que flanqueaban la mesa.

—Almirante —dijo sin preámbulos—, he recibido un informe de nuestro agente en el Reichstag.

El hombre tras el escritorio se reclinó en su asiento con el corazón súbitamente acelerado, aunque este hecho hubiera resultado imperceptible para cualquier observador debido a la máscara inescrutable que era su rostro.

Parpadeó un par de veces antes de preguntar:

—¿Lo tiene?

En lugar de contestar, el oficial le entregó un sobre lacrado sin marca ni identificación alguna.

El almirante lo tomó casi con reticencia, rompió el lacre y extrajo de su interior una sola hoja garabateada a mano con urgencia.

La ojeó con rapidez, y fingiendo indiferencia, volvió a guardarla en el sobre.

—Gracias, teniente —murmuró el almirante, dejando el sobre en la mesa—. ¿Algo más?

—Verá, señor... —balbuceó, azorado—. Tras enviar esta nota, nuestro hombre ha... desaparecido.

—¿Qué quiere decir con desaparecido?

—Intenté contactar con él por los canales seguros, pero no fue posible. De modo que hice unas discretas averiguaciones, y aunque oficialmente no consta, parece que ha sido detenido y conducido a los sótanos de Prinz Albrechstrasse.

Nadie salía con vida de aquellos sótanos en la sede de la Gestapo. El almirante Canaris rogó mentalmente por el alma de aquel desdichado, y porque hubiera tenido el valor de tragarse la cápsula de cianuro antes de que comenzaran a torturarlo.

—¿Cree... que habrá hablado? —quiso saber el teniente, incapaz de ocultar su preocupación.

—No estaríamos aquí de haber sido así, ¿no le parece?

—Por supuesto, almirante —contestó, algo más aliviado.

Canaris miró el sobre de reojo por un instante, y se dirigió de nuevo al oficial.

—Ahora retírese.

—A la orden —contestó.

El teniente se incorporó como un resorte y se puso en posición de firmes.

—Ah, y teniente —dijo Canaris—. No hace falta que le recuerde que usted no me ha entregado ningún sobre. ¿No es así?

El aludido alzó las cejas con expresión aturdida.

—¿Qué sobre, señor?

—Así me gusta —asintió su superior, satisfecho—. Eso es todo de momento, Müller. Gracias.

El oficial propinó un nuevo taconazo y se dio la vuelta marcialmente para salir del despacho a grandes zancadas, seguido con desinterés por la perezosa mirada de los dachshunds.

Cuando el almirante se quedó de nuevo a solas, tomó el pequeño sobre, lo abrió con el temor de quien espera recibir una condena de muerte, y tras sacar la hoja de papel amarillento se dispuso a leerla por segunda vez.

Ya habían muerto tres de sus mejores agentes infiltrados en la Gestapo, mientras trataban de recabar en qué consistía la misteriosa operación secreta que se traían entre manos el Führer y Himmler, y de la que le habían dejado enteramente al margen. Sin duda porque no confiaban en él, a pesar del alto cargo que ocupaba. O precisamente por ello.

Pero eso ya era lo de menos. Lo que en principio había sido simple curiosidad profesional, y la certeza de que su supervivencia al frente de la Abwehr dependía de estar cabalmente informado sobre cualquier cosa que sucediera en Alemania, le había llevado a descubrir retazos de información que, por sí solos, no parecían relevantes, pero que reuniéndolos en una misma composición revelaban el diseño de un plan demencial, fruto de una mente enferma. Una operación tan inconcebible y aterradora que aún no era capaz de aceptar que realmente estuviera llevándose a cabo.

Los ojos del almirante relevaron la breve nota escrita a toda prisa.

Un escalofrío involuntario recorrió la espalda de Canaris, cuando una gota de sudor frío le resbaló por la nuca y se abrió paso bajo el cuello de la almidonada camisa blanca.

—Apokalypse... —leyó para sí mismo con voz temblorosa.

Cerrando los ojos con fuerza, el almirante Wilhelm Franz Canaris estrujó el papel entre sus manos.

—Que Dios nos perdone.



## 2

El salón principal del Pingarrón ocupaba la totalidad de la segunda planta de la superestructura de la nave, el espacio común de la tripulación donde se encontraban sin separación alguna la sala de mapas, la cocina, o el mismo comedor donde ahora estaban desayunando. Al contrario que los camarotes situados justo debajo, las paredes y el techo del salón no estaban revestidos con la calidez de la madera de haya —un inusual lujo heredado del propietario anterior—, pero en cambio, y como resultado de la terquedad de Julie y su peculiar —y nada marinero— sentido de la estética, se habían visto obligados a pintar aquella sala enteramente de verde turquesa, y posteriormente decorar los marcos de las puertas y ojos de buey con cenefas de hiedras y florecitas rojas y amarillas. Como es natural, al principio todos se habían negado en redondo, alegando airadamente que aquel era el lugar de reunión y esparcimiento de unos curtidos lobos de mar, y no la habitación de una quinceañera. Sin embargo de nada sirvieron los irrefutables argumentos ante la insistencia de la joven, y en lo referente a la decoración, las cosas se acabaron haciendo justo como ella quería. Desde ese día, al conocido refrán de «Donde hay patrón, no manda marinero» hubo que añadirle el apéndice «A menos que haya una muchacha francesa a bordo». Lo curioso del asunto fue que al poco tiempo todos se acostumbraron al cambio, y finalmente se vieron obligados a admitir que el lugar resultaba ahora mucho más agradable y acogedor que cuando los mamparos interiores lucían un anodino blanco repintado.

Allí, en el salón, se encontraba la reducida dotación de la nave al completo, iluminados por el sol del amanecer que irrumpía por las portillas de popa. Las risas y las bromas saltaban de uno a otro sobre la mesa, contagiándose entre los miembros de la tripulación mientras revivían la correría de la noche anterior.

—¡Lo mejor fue —dijo Jack conteniendo una carcajada, mientras esgrimía un trozo de panqueque que goteaba sirope—, la cara que se le quedó al tipo cuando vio aparecer

los cañones de fusil por las ventanas! ¡Creí que se iba a cagar del susto! —estalló al fin, rojo como un tomate y dando un golpe sobre la mesa.

—¡Joder, Jack! —le recriminó Alex, atragantándose con el café—. ¡Que estamos desayunando!

—Es verdad —coincidió Julie, agitando al asentir la cola de caballo en la que llevaba recogida su larga melena—. Se dice hacer caca, ir de vientre, hacérselo patas abajo...

—¿Tú también? —fingió escandalizarse—. Esperaba mejores modales de una dama.

En respuesta, la piloto y navegante del Pingarrón, una risueña joven de veintisiete años, le enseñó la lengua a su capitán y luego se mató de la risa.

—Sí, muy divertido —dijo entonces César, el esposo de Julie y mecánico del Pingarrón, un flaco mulato portugués de ascendencia angoleña, mientras mojaba un poco de pan en un huevo frito—. Pero tarde o temprano tendremos un disgusto. Alguien se dará cuenta de que lo que parecen fusiles no son sino palos de escoba pintados de negro con un agujero, y ese día tendremos un problema.

Como para confirmar aquello de que los polos opuestos se atraen, el mecánico y la piloto formaban una singular pareja, en la que toda la jovialidad y constante buen humor de la francesa se contraponía al sosiego casi melancólico del que era su marido.

Ambos se habían enrolado en distintos momentos. Primero lo hizo César Moreira, cuando se vieron obligados a detenerse en Madeira para una reparación, y tras revelarse como un electricista y mecánico excelente, se mostró encantado con la proposición que le hizo Riley de unirse a la tripulación. Llevaba casi dos años varado en aquella pequeña isla, abandonado en el puerto de Funchal por el patrón del carguero donde trabajaba, un miserable que quiso ahorrarse así los seis meses de sueldo que le debía. De modo que a César le faltó tiempo para aceptar, ansioso por abandonar aquel abrupto peñasco en mitad del Atlántico donde nadie había llegado a aprenderse su nombre, y sus habitantes seguían dirigiéndose a él como *preto*. Negro.

Pocos meses más tarde, apareció Julie *Juju* Daumas.

Cuando el anterior piloto del Pingarrón decidió enrolarse en la marina francesa para luchar contra los nazis, el capitán recaló en Niza en busca de un sustituto y allí se encontró con una risueña joven deseosa de embarcar y que, como hija menor de una familia de larga tradición marinera, afirmaba haber aprendido a navegar antes que a

caminar. Las razones para unirse a la tripulación, sin embargo, no acababan de estar claras, y aunque cuando se le preguntaba siempre aludía a su deseo de huir de la guerra y ver mundo, a Alex no se le escapaba que no era ese el principal motivo, ni mucho menos. Tenía el convencimiento de que la muchacha huía de algo o de alguien que la asustaba más que los nazis. Qué o quién era algo que quizá nunca llegaría a saber.

El caso es que, tras una breve entrevista y una primera y difícil travesía hasta Port-la-Nouvelle, cruzando el golfo de León con un temporal de fuerza siete con vientos de más de cuarenta nudos y olas de cinco metros Alex supo que, con ella al timón, su barco estaría en muy buenas manos.

Lo que no hubiera esperado jamás era que dos personalidades tan diferentes como las de César y Julie se atrajeran tanto y tan rápido, hasta el punto de que pocos meses después de conocerse y en una solemne ceremonia en la que Jack y Marco ejercieron como las damas de honor más feas de la historia, él mismo los casó sobre la cubierta del barco mientras surcaban las deslumbrantes aguas del mar Egeo.

Quizá como había sugerido Joaquín en una ocasión, la explicación a aquel inesperado romance era que, en cierto modo, ambos eran fugitivos. Los dos huían de un oscuro pasado, que acaso solo se atrevían a compartir con otro prófugo.

—Hasta ahora el truco ha funcionado —adujo Alex encogiéndose de hombros ante las dudas del mecánico, quien precisamente era el encargado de, mediante un simple juego de cuerdas y poleas que recorría los camarotes, hacer aparecer por los ojos de buey los seis falsos cañones de fusil de forma simultánea.

—Deberíamos llevar más y mejores armas —terció entonces Marovic—. Es un grave error confiar nuestra defensa a unos palos de escoba y un poco de humo.

Alex torció el gesto, cansado de entablar el mismo debate con Marco por enésima vez.

—Si por ti fuera, iríamos más armados que el Bismark.

—¿Y qué hay de malo en ir protegidos? —Señaló hacia la proa y añadió—: Ahí delante hay espacio de sobra para instalar una Browning del veinte. Con ella no tendríamos que preocuparnos por...

—He dicho que no. Somos un buque de carga, no un navío de guerra.

—Un buque de carga que se dedica al negocio del contrabando. En un mar infestado de destructores y submarinos —apuntó César, dándole la razón al mercenario.

—Por eso mismo vamos desarmados —dijo Alex, paseando la mirada entre toda la tripulación allí congregada—. Navegamos bajo bandera española, que os recuerdo es un país neutral en esta guerra. Esa es nuestra mejor defensa. ¿Qué creéis que pasaría si un barco alemán o inglés nos registrara y encontrase que llevamos armamento militar? ¿De qué nos serviría entonces disponer de un cañón o una ametralladora pesada? —Hizo una pausa para que los demás reflexionaran sobre las consecuencias que ello supondría—. Y además —añadió, volviéndose hacia el yugoslavo—, no llevar armas es la mejor garantía de que no haremos ninguna estupidez.

—¿Y a mí por qué me miras? —replicó el aludido—. Si estás pensando en lo de anoche, sigo creyendo que deberíamos haber volado el jodido pesquero y a esos espaguetis.

Apoyando los antebrazos en la mesa, Alex acercó su cara a la de Marco, al que tenía sentado justo enfrente.

—Pues sí, a eso mismo me refiero. No era en absoluto necesario, y hacerlo solo nos habría traído problemas.

—Nos vendieron a las autoridades, y encima se quedaron con nuestro dinero —gruñó el mercenario—. ¿Te parece poco?

Fue el primer oficial quien contestó a eso, meneando la cabeza.

—¿Y hundiendo su barco habrías recuperado el dinero? Carallo, piensa un poco. Tenemos la mercancía, y eso es lo que queríamos, ¿no? Somos comerciantes, no asesinos.

—No —refutó Marco, levantándose de la mesa y apuntándoles con el dedo—. Somos contrabandistas. Unos contrabandistas mojigatos, y algún día...

—Algún día ¿qué? —preguntó Jack, ceñudo.

—Algún día lamentaréis no haberme hecho caso.

—Es posible —coincidió el capitán, volviendo a retreparse en la silla—. Pero mientras tanto, este es mi barco y se hará lo que yo diga, y si no te gusta puedes tomar tus ganancias y desembarcar en el próximo puerto.

Soltando un bufido el mercenario apartó la silla, y llevándose su plato se acercó a la cocina, donde se puso a lavarlo ruidosamente dándole la espalda a los demás.

—¿Alguien me puede servir más café? —dijo entonces Julie con su voz cantarina, señalando la cafetera que quedaba fuera de su alcance y diluyendo toda la tensión del momento como solo ella podía hacerlo.

—Yo mismo, cielo —repuso de inmediato su marido.

—Por cierto —dijo Alex dirigiéndose al portugués, tras dar un breve sorbo a su taza—. ¿Cómo están las máquinas? ¿Pudiste arreglar ya lo de ese filtro?

El mecánico lo miró incrédulo, como si le hubiera preguntado si había resuelto los inconvenientes del vuelo espacial.

—¿Arreglarlo? —replicó airado, lo cual para alguien tan calmado era algo a tener en cuenta—. ¿Cómo narices lo voy a arreglar? Hace un mes que le estoy pidiendo un recambio.

—Me dijiste que lo podrías solucionar.

—¡Claro! ¡Cuando tenga la pieza que se rompió!

—Vale, vale... comprendo. En cuanto lleguemos a Barcelona y vendamos la carga compraré esa dichosa pieza.

—Eso mismo me dijo hace dos semanas, cuando atracamos en Nápoles.

—Esta vez lo haré, lo prometo.

—Usted verá, capitán. Es su barco, y mientras no tenga un filtro nuevo estaremos ensuciando los cilindros y navegando con menos potencia.

—Tomo nota —asintió, y se volvió hacia la piloto—. Siento interrumpirte el desayuno, Julie, pero me gustaría que volvieras al puente. Aunque sean aguas abiertas, no es buena idea que no haya nadie al timón durante más de cinco minutos.

—A la orden, mi capitán —contestó la piloto poniéndose en pie Parodió graciosamente un saludo militar y se dirigió al puente dando saltitos con su vestido de vuelo.

—Yo bajaré a la sala de máquinas, a ver si puedo sacarle un par de nudos más a este trasto —añadió su marido. Apiló sus cubiertos y los de su mujer y los llevó al fregadero, de donde se iba en ese momento Marco camino de su camarote, seguramente para engrasar el pequeño arsenal de armas ligeras que poseía.

Jack Alcántara siguió con la mirada al mercenario mientras este salía del salón y bajaba la escala que llevaba a la cubierta principal.

—No me gusta nada ese tipo. Es un zopenco deseoso de apretar el gatillo y tarde o temprano nos causará un grave problema —dijo, dirigiéndose a Alex sin llegar a mirarlo—. ¿Es necesario que lo llevemos con nosotros?

El que había sido su oficial superior en el Batallón Lincoln meneó la taza y bebió un último trago de aquel café que tan caro les había costado en el mercado negro.

—Me gusta tan poco como a ti —murmuró en voz baja, para que nadie más le oyera—. Pero nos es útil, y aunque ya sabes lo que opino sobre llevar armas, no deja de tener parte de razón. En ocasiones su paranoia me hace ser más precavido.

—Pero es un mercenario. Nos vendería sin dudarlo a cualquiera que ofreciera recompensa por nuestras cabezas.

Alex le pasó el brazo por los hombros a su viejo compañero de armas y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Claro que lo sé —dijo, enseñando los dientes en una sonrisa lobuna—. ¿Por qué te crees que duermo con la pistola bajo la almohada?

—Alex. —Unos nudillos golpearon la puerta del camarote del capitán, donde este llevaba varias horas encerrado—. Alex, ¿estás ahí?

La puerta se abrió al cabo de unos segundos, y apareció Riley con la mirada turbia y cara de pocos amigos. Desde el interior del camarote llegaban los afligidos acordes de una trompeta de jazz.

—¿Qué pasa, Jack?

El primer oficial le mostró un papel con unos números escritos a mano.

—Hemos recibido una transmisión de François, desde Marsella. Pide que contactemos con él por esta otra frecuencia dentro de una hora.

—De acuerdo. Dentro de un momento estaré en el puente.

—¿Crees que será un trabajo? —preguntó Jack, antes de que se cerrara la puerta de nuevo.

—Eso espero. Si descontamos lo que nos costará comprar otra chalupa, de este viaje apenas sacaremos más que para cubrir gastos.

Entonces, ajeno a la respuesta, el gallego olfateó el aire a un palmo de la cara de su capitán.

—Carallo, Alex... No me digas que has estado dándole a la botella.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Pues no te lo diré.

—Solo son las once de la mañana —le reprochó con severidad—, no son horas de beber.

—¿No me digas? ¿Tan tarde?

Jack bufó, contrariado.

—*Cagüenla*, eres el capitán. Tienes responsabilidades.

La expresión de Alex se ensombreció de pronto.

—Qué coño sabrás tú de responsabilidades.

Jack comprendió que había puesto el dedo en la llaga. La misma que llevaba años supurando.

—¿Otra vez estás con eso? —preguntó con aspereza—. ¿Es que no te cansas de revolcarte en tu propia mierda?

—Cada uno se revuelca donde quiere. O donde puede.

El antiguo chef hizo un gesto de cansancio.

—Mira, Alex —respondió con hartazgo—. Si quieres redención haz el puto Camino de Santiago, pero deja de comportarte como un imbécil. Un imbécil borracho. Eres el jodido capitán de esta nave —dijo clavándole el índice en el pecho—, y te recuerdo que yo no soy tu madre.

El capitán esbozó una mueca ácida.

—Yo pensaba que sí.

Jack negó con la cabeza, chasqueó la lengua con frustración, y murmurando por lo bajo se dio la vuelta alejándose por el pasillo.

Por un momento Alex siguió con la mirada los pasos de su amigo; luego cerró la puerta de un golpe.

En el tocadiscos, Louis Armstrong seguía interpretando *Melancolía* destilando pena en cada nota, y empujado por la melodía, el capitán del Pingarrón puso rumbo de

abordaje hacia la botella de *bourbon* que aguardaba a medio beber sobre el escritorio. Una hora era más que suficiente.

Puntual, el capitán se encontraba en el puente asombrosamente despejado y sin apenas aliento a alcohol, sentado frente a la aparatosa radio del barco y sintonizando la frecuencia anotada en el papel.

—Aquí Pingarrón —dijo apretando el pulsador del micrófono—. Aquí Pingarrón. ¿Me recibe? Cambio.

Apenas se oyó un chisporroteo de estática.

—Aquí Pingarrón. Aquí Pingarrón. ¿Me recibe? Cambio.

—... Aquí François. Le recibo. *Comment ça va*, capitán Riley? Cambio.

—Bien, *merci* François. Me alegra hablar de nuevo contigo. ¿Cómo siguen las cosas por Francia?

—No muy bien... El cabrón de Pétain le ha puesto el culo en pompa a Hitler, y los nazis nos están jodiendo a todos. Esos traidores de Vichy pagarán un día por lo que están haciendo.

—Espero que así sea —afirmó Alex con sinceridad—. De verdad que lo espero.

En junio del año anterior, inmediatamente después de acceder al cargo como presidente de la Francia no ocupada, Philippe Pétain, secundado por su esbirro Laval, había solicitado un armisticio a Hitler a cambio de poner a la Francia no ocupada a servicio de los alemanes. Desde ese día, hacía ya más de un año, se había instaurado un nuevo gobierno en Vichy fascista y colaboracionista, rendido al poder de los nazis.

—Pero bueno, no te llamo para contarte mis penas, sino para saber si estarías disponible para un pequeño trabajo. ¿Por dónde andas?

—Aproximadamente a unas doscientas millas al este de Barcelona, adonde nos dirigimos para hacer una entrega.

—¡Estupendo! —contestó el francés—. Tengo una mercancía que necesito que recojas en Marsella y lleves a Lisboa. Está bien pagado y casi te coge de camino. Esta noche podrías estar aquí, y solo perderías un día con el cambio de ruta.



—Hay un problema. Tengo las bodegas ocupadas con maquinaria textil que he de desembarcar en Barcelona, no tengo espacio para mucho más.

—Oh, no te preocupes por eso... —A Alex le pareció que su interlocutor sonreía al otro lado de la línea—. Ellos no necesitarán más que uno de tus camarotes.

—¿Ellos? ¿Quieres decir pasajeros?

—Es una pareja que necesita salir del país. ¿Puedo contar contigo?

—Sí... claro.

Jack separó el índice del capitán del botón de transmisión de la radio.

—Aquí hay gato encerrado —susurró, mirando con desconfianza el altavoz.

Riley asintió, comprendiendo a lo que se refería su amigo. Un segundo más tarde volvió a dirigirse al micrófono situado frente a él.

—Pero tengo una pregunta. ¿Por qué no toman un avión, o van por tierra cruzando España? Les resultaría mucho más barato llegar de ese modo a Lisboa.

Silencio.

—¿François? ¿Sigues ahí?

—Sí, verás... No es tan sencillo...

—Nunca lo es.

—Se trata de una pareja austríaca, muy adinerada...

—¿Y?

—... y judía.

## El banquero y el almirante

A pesar del mal estado de la línea telefónica, el banquero mallorquín identificó la voz al otro extremo como la del almirante. No era la primera vez que hablaban así, ni la segunda, y lo que había sido un encuentro casual dos años antes en una recepción de la embajada española en Berlín, había fraguado hasta convertirse en una estrecha y beneficiosa colaboración para ambas partes. Sobre todo desde que Joan March se había ofrecido a proporcionar combustible a los submarinos alemanes de forma clandestina, dentro de las aguas territoriales españolas. A cambio, no solo había recibido ingentes cantidades de dinero por parte de la *Kriegsmarine* sino también, y de forma ocasional, información privilegiada que no había dudado en utilizar en su propio beneficio, como era el caso que le ocupaba en ese momento.

—... esta madrugada cruzará frente a Gibraltar, bordeando la costa sur del estrecho —decía la voz al otro lado del aparato, con su inconfundible acento germánico—. Uno de mis submarinos le estará esperando para mandarlo a pique.

—Entiendo —mintió March—. Y a continuación, quieres que recupere del barco hundido esa extraña máquina de la que me has hablado antes.

—Así es. No puedo permitir que caiga en manos inglesas y, si lo logras, serás generosamente recompensado.

March dudó un momento, pero finalmente se atrevió a preguntar.

—Wilhem, ¿estás seguro de que esta línea...? En fin, ya sabes. ¿Estás convencido de que nadie puede estar escuchándonos?

—Soy el jefe de la Abwehr —zanjó, entendiendo que cualquier otra aclaración era redundante. No obstante, añadió: — ¿Crees que estaría tratando estos asuntos contigo de no estar absolutamente seguro?

—Sí... claro, disculpa mi natural paranoia, amigo mío. —Carraspeó y dejó pasar unos segundos antes de proseguir—. Verás... no va a ser nada fácil encontrar a la gente

adecuada para ese trabajo en tan poco tiempo, Wilhelm. Y además, resultará muy caro sobornar tanto a los ingleses como a los españoles para mantenerlos alejados y que no se acerquen a husmear.

Su interlocutor resopló al otro lado de la línea.

—¿Alguna vez ha sido un problema el dinero?

—Lo sé, lo sé —convino el banquero, dibujando en sus labios una sonrisa avariciosa.

El almirante hizo una pausa, antes de volver a preguntar.

—¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto, Wilhelm. Aunque todo esto... —alegó, dubitativo— resulta muy desconcertante.

—Eso no ha de importarte —repuso tajante el alemán—. Limítate a hacer lo que te pido.

El banquero, que no solía vacilar a la hora de cerrar un trato tan lucrativo como aquel prometía serlo, esta vez titubeó.

—No puedo darte detalles, Joan —agregó Canaris suavizando el tono, al intuir las dudas de March—. Pero si sigues mis instrucciones al pie de la letra harás un buen negocio, y yo te deberé un favor personal.

El instinto de comerciante le decía a March que, cuando un trato parece demasiado bueno para ser verdad, es porque no suele ser verdad.

Al otro lado de la línea, la voz que le hablaba a más de mil quinientos kilómetros de distancia pareció leerle de nuevo el pensamiento.

—¿Qué puedes perder? —insistió el alemán—. Si el asunto sale mal, no tendrá consecuencias para ti y, si sale bien, ganarás mucho dinero.

Joan March asintió, aunque su interlocutor no pudiera verlo.

—De acuerdo —afirmó—. No va a resultar sencillo, pero puedes estar tranquilo. Lo haré.

—Excelente. Confío en que harás un buen trabajo.

—Descuida. Me pondré en contacto contigo lo antes posible.

—Gracias, y que haya suerte. *Auf wiedersehen*, Joan.

—Gracias a ti. *A reveure*, Wilhelm.

### 3

—No deberíamos haber aceptado —rezongó Marovic meneando la cabeza con desagrado.

El capitán se cruzó de brazos antes de contestar.

—Eso no es decisión tuya.

—Nos traerán problemas —auguró en el mismo tono.

—¿Tienes miedo de una pareja de refugiados judíos? —se burló Jack—. Si quieres, podemos encerrarlos en su camarote para que duermas tranquilo.

—No me gusta esa gente.

—Y a mí no me gustas tú —replicó Riley con una mueca—, y sin embargo, aquí estás.

El mercenario gruñó una respuesta que el capitán ignoró descaradamente.

—¡Pues a mí me parece fantástico! —terció en cambio Julie, con entusiasmo—. Tenía muchas ganas de regresar a Francia. Conozco un restaurante en el centro de Marsella que...

—Lo siento, Julie —la interrumpió Alex, chasqueando la lengua—. No vamos a pisar tierra firme, es demasiado peligroso. Recogeremos a los pasajeros a una milla de la costa e inmediatamente pondremos rumbo a Barcelona.

La piloto suspiró con tristeza encogiéndose de hombros, pero al momento ya estaba de nuevo haciendo carantoñas con su marido.

—¿Alguna otra duda? —preguntó Riley, paseando la mirada por todos los presentes.

—Yo tengo una —intervino el mecánico—. Nos has explicado que los pasajeros van a Lisboa, ¿no?

—Así es.

—Pero nosotros solo vamos hasta Barcelona.

—Veo adónde quieres llegar —apuntó Alex—. Lo que nos pague la parejita cubrirá los gastos, y en cuanto descarguemos la maquinaria en el puerto y encontremos un comprador para la otra mercancía, buscaremos un trabajo que nos lleve a Portugal, y todo lo que saquemos de ahí será limpio para nosotros.

—Ya, pero... eso puede no ser tan fácil. A veces nos hemos pasado más de un mes en tierra esperando a conseguir un flete.

—Pues en ese caso tendremos que aceptar cualquier trabajo que surja, aunque sea legal. —Y poniéndose en pie, concluyó—: En fin, si no hay más preguntas, sugiero que lo dejéis todo preparado y luego tratéis de dormir un poco. Llegaremos de madrugada a las costas de Marsella, y quiero estar en aguas internacionales con la carga a bordo antes de que amanezca, así que descansad, porque esta noche promete ser larga.

A las tres y media de la madrugada el Pingarrón echó el ancla en la bahía de Marsella, oculto en una pequeña ensenada del islote de Ratonneau, tanto de las autoridades portuarias como de cualquier noctámbulo curioso que dirigiera su vista hacia el mar.

Con todas las luces apagadas el carguero, pintado enteramente de azul oscuro, era solo una sombra, encajonado entre las paredes del peñón, algo que, en el mejor de los casos, les permitiría entrar y salir sin ser vistos y, en el peor, ser detectados por alguna patrulla militar y, al no haber dado parte de su llegada, terminarían siendo acusados de espías y fusilados tras un juicio sumarísimo. No convenía olvidar que, a pesar de la quietud de aquella noche, estaban frente a la costa de un país en guerra y de poco les serviría navegar bajo pabellón de una nación neutral para librarse del paredón.

Vestidos totalmente de negro y guardando absoluto silencio, la tripulación al completo se encontraba en cubierta, atentos a cualquier señal de aquellos a los que estaban esperando, o de aquellos a los que esperaban no encontrarse bajo ningún concepto.

Alex oteaba la oscuridad subido sobre el techo del puente, sentado con las piernas colgando y los prismáticos al cuello. Observaba, despuntando tras la masa rocosa de la isla, la silueta de la estilizada basílica de Notre Dame de la Garde que se elevaba hacia el cielo como una aguja iluminada, y aunque desde aquella posición tras el islote no tenía

perspectiva de la ciudad en sí, podía distinguir el resplandor de las luces nocturnas de Marsella coloreando el horizonte con tonos amarillos, como si el próximo día fuera a amanecer por el norte. Además, sentía una emoción especial al saber que a una milla escasa, al otro lado de Ratonneau, se encontraba la famosa isla de If, en cuyo homónimo castillo Alexandre Dumas había encarcelado a Edmundo Dantés en una de sus novelas favoritas: *El conde de Montecristo*.

—Capitán —oyó que alguien le alertaba desde la proa—, veo algo justo delante, en el agua.

Riley se llevó los prismáticos a los ojos y, en efecto, acercándose desde la orilla, una barca de remos avanzaba a oscuras con penosa lentitud.

—Deben ser los pasajeros —dijo Jack desde la cubierta, justo debajo de donde se encontraba Alex—. Voy a lanzar la escala.

—Todavía no —ordenó—. No hasta que confirmes que son ellos.

—¿Pero quién demonios crees que va a estar remando por aquí a estas horas?

—Espera a que se acerquen y te den el santo y seña. No cuesta nada asegurarse.

—Tú mandas —rezongó, y se dirigió a la proa cargando una madeja de cuerda al hombro.

En realidad, Alex sabía que su amigo tenía razón, y que era una tontería lo que acababa de ordenarle, pero después del susto de la noche anterior —parecía mentira que solo hubieran pasado veinticuatro horas— se había propuesto ser más precavido y pecar de paranoico antes que de confiado. Este era un negocio peligroso, y el siguiente error siempre podía ser el último.

Diez minutos después, la barca de remos ya se hallaba al costado de la nave, y sus ocupantes ascendían con torpeza por la escala de cuerda. Desde su posición, Riley apenas podía discernir las siluetas de los recién llegados, pero una vez que Jack le silbó para confirmarle que estos ya se hallaban a bordo y se disponía a accionar el cabrestante del ancla, se descolgó de un salto al puente de mando donde, en completa oscuridad, ya se encontraba Julie sujetando la rueda del timón a la espera de órdenes.

—¿Está tu marido en la sala de máquinas?

—*Oui, capitaine.*

—Entonces marchémonos de aquí cuanto antes. Atrás un cuarto hasta que hayamos salido de este embudo. Luego vira a babor rumbo dos-dos-cinco, y a toda máquina hasta estar al menos a veinte millas de la costa.

—A la orden.

—Voy abajo a recibir a los recién llegados. Ah, y no enciendas las luces todavía, no quiero sorpresas de última hora.

—Claro, *capitaine* —contestó, y a Alex le pareció ver una hilera de dientes en la oscuridad, seguramente detrás de una sonrisa—. Salúdelos de mi parte.

Cerró la puerta tras de sí, descendió por la escalera metálica hasta la cubierta principal y se dirigió a los camarotes, uno de los cuales había sido acondicionado para alojar a los pasajeros mientras estuvieran a bordo.

Como buen capitán, se conocía cada palmo del barco de memoria y podía moverse por él con los ojos cerrados, cosa que resultaba muy útil cuando, en noches como aquella, no era conveniente encender ni un simple cigarro para no ser descubiertos.

Avanzó por el pasillo a tientas —tropezándose por el camino con Marco, que regresaba a cubierta—, hasta encontrar por el tacto la segunda puerta de madera a la izquierda, a la que llamó golpeándola un par de veces.

—Adelante —contestó la voz de Jack.

Riley entró en el camarote y se encontró con el corpulento cocinero sujetando una cerilla encendida entre los dedos, mientras frente a él, sentadas en el borde de la cama había dos personas que apenas podía distinguir a la luz del fósforo, pero a las que intuía atemorizadas y fuera de lugar. Uno era un hombre trajeado, con corbata y bombín, y una voluminosa maleta a sus pies; la otra, una mujer tocada con un amplio sombrero, la cabeza gacha y las manos sobre el regazo de un ancho y anodino vestido. Los rasgos de ambos estaban velados por las sombras, y en silencio escuchaban con atención cómo Jack les ponía al corriente de las normas del barco.

—... como ahora —decía—. Tendrán que estar a oscuras, y solo podrán encender la luz con el postigo cerrado. No podrán pasearse por la cubierta principal si no es con el consentimiento expreso del capitán Riley, aquí presente, o el mío y bajo ninguna circunstancia, jamás, deberán entrar en el puente de mando o la sala de máquinas, ¿entendido? Les llevaremos a su destino, pero recuerden que este no es un barco de

pasajeros, y la navegación está llena de peligros. Sigán las normas y todo saldrá bien. — Se giró hacia Alex y preguntó—: ¿Quieres añadir algo?

—No, Jack. —Sonrió—. Creo que ya los has asustado bastante. —Y dirigiéndose a los dos pasajeros, que no habían dicho aún esta boca es mía, añadió—: Soy el capitán Alex Riley. Bienvenidos a bordo del Pingarrón. Imagino que estarán agotados, así que les vamos a dejar que descansen y mañana por la mañana nos podremos presentar formalmente, ¿de acuerdo? Y relájense —añadió por último—, aquí están entre amigos.

El pasajero levantó la cabeza, y la llama de la cerilla reflejó en sus ojos una mirada de agradecimiento.

Entendiendo que era el momento de irse, Alex tomó por el brazo a su segundo y salieron del camarote pero, antes de cerrar la puerta tras de sí, Jack asomó la cabeza por el quicio para decir una última cosa.

—Ah, el desayuno es a las siete, y les sugiero que no se lo pierdan porque este barco tiene al mejor cocinero de todo el Mediterráneo Occidental. Es decir —se señaló con el pulgar—, a mí.

Apenas tres horas más tarde, aunque con los indicios de la falta de sueño escritos en la cara, la tripulación al completo disfrutaba del opíparo desayuno que había preparado Jack a base de panqueques, huevos revueltos con especias, tocino y tostadas francesas. Además, como siempre —y a pesar de todo el tiempo que ya llevaban juntos—, nunca faltaba una anécdota que contar ni un chiste obscuro que desatara las risas de todos y también, como era habitual, era el cocinero de origen gallego el que llevaba la voz cantante.

—Entonces fue —contaba casi en susurros, haciendo que sus dedos caminasen sobre la mesa— cuando Alex y yo salimos de la trinchera en plena noche con un bote de pintura y dos brochas, y al amparo de la oscuridad nos adentramos en el pueblo de... ¿Te acuerdas del nombre del pueblo, Alex?

—En realidad, ni siquiera recuerdo que tú estuvieras allí. ¿Estás seguro de que peleaste en esa guerra?



—Bah, no sé para qué te pregunto nada —replicó, desechando el comentario del capitán con desdén—. El caso es que cruzamos las líneas enemigas sin que nadie nos viera, y con pintura roja escribimos en la fachada de la iglesia —aquí tuvo que tomar aire para no partirse de risa—: «Paca la culona es una maricon». ».

—¿Y eso qué significa? —inquirió Julie.

—«Paca la culona» es como muchos de nosotros, e incluso algunos de los sublevados fascistas, llamaban al general Franco.

—¿Y os jugasteis la vida para hacer una estúpida pintada? —preguntó Marco, incrédulo—. ¿No habría sido mejor que pusierais una bomba, o algo así?

Jack lo miró, meneando la cabeza.

—Esto fue mucho más divertido —contestó, como si se tratara de una obviedad—. Pero lo mejor de todo es que al día siguiente apareció el mismísimo Franco en el pueblo para pasar revista a sus fuerzas del frente, y...

—Eso fue solo un rumor —lo interrumpió Alex, solo para fastidiar.

—Pues a mí me gusta pensar que ocurrió de verdad. —Y mirando a los demás, agregó—: ¿Os imagináis la cara que pondría al descubrir la pintada en el centro de un pueblo tomado por sus tropas? Seguro que ese día —dio un golpe en la mesa con su manaza que hizo temblar todos los platos—, fusiló a más soldados de los que yo maté en toda la guerra. ¡Deberían habernos dado una medalla por eso!

—Sí —asintió Riley—. Una medalla a la... —Y se calló al punto, pues por la puerta acababa de aparecer un hombre enfundado en un sobrio traje de paño marrón.

El recién llegado tendría entre sesenta y sesenta y cinco años, un pelo repeinado y más blanco que gris, unas gafitas de leer sobre la prominente nariz, orejas grandes, mandíbula estrecha, y un par de ojillos huidizos que le daban el aspecto de un ratón asustado. Y, en definitiva, era eso lo que parecía. Un ratón con traje.

—Buenos días —musitó con inequívoco acento alemán, juntando las manos como un niño al que su maestra acaba de sacar a la pizarra.

Prescindiendo conscientemente del protocolo para esos casos, Alex se puso en pie y le señaló una silla libre.

—Tome asiento y desayune —dijo desenfadadamente—, antes de que esta manada de hienas que tengo como tripulación acabe con todo.

El hombre siguió el consejo murmurando un agradecimiento, alargó el brazo y tomó un trozo de pan con exagerada timidez.

—¿Qué tal ha pasado la noche? ¿Ha dormido bien?

—Estupendamente, gracias —contestó, mientras Jack le colocaba delante una taza de café—. Son ustedes muy amables.

—No hay de qué. Mientras estén en mi nave, quiero que se sientan como en casa. Y hablando de mi nave... —añadió— quiero presentarle a mi tripulación. Esa encantadora señorita de ahí —dijo señalando a su derecha— es Julie Daumas, nuestra piloto y navegante.

—*Enchantée* —saludó la francesa con un coqueto parpadeo.

—El que se sienta a su lado —prosiguió— es su esposo, César Moreira, el mecánico y «arreglalotodo» del Pingarrón.

—*Bom dia* —dijo el portugués, con una leve inclinación de cabeza.

—Quien le acaba de servir el café y ha preparado este estupendo desayuno es el primer oficial, gran cocinero y viejo amigo, Joaquín Alcántara. Aunque todos aquí le llamamos Jack.

—*Bo día*, amigo —dijo casi sin mirarlo mientras regresaba a su sitio y volvía a concentrarse en la montaña de tortitas que tenía frente a sí.

—Y finalmente, ese hombre que le mira como si le hubiera robado una gallina es Marco Marovic.

—No me gustan los judíos —ladró el yugoslavo, ceñudo—. No me gusta que estén a bordo, y estoy seguro de que nos traerán problemas, así que lo tendré vigilado todo el tiempo —Y como para no dejar dudas sobre sus intenciones, desenfundó la pistola que llevaba al cinto y con un golpe la dejó sobre la mesa.

—¡Maldita sea, Marco! ¡Pero qué coño haces! —le recriminó Alex, poniéndose en pie enfurecido—. ¡Quita esa pistola de la mesa! Este caballero es nuestro pasajero y como vuelvas a hablarle así te tiro por la borda, ¿entendido? ¡Y ahora sal de mi vista!

De mala gana el mercenario se levantó de la mesa y abandonó el comedor, sin dejar de mirar de forma amenazante al recién llegado que, muerto de miedo, se había hundido en la silla hasta parecer que había encogido varios centímetros.

En cuanto Marovic hubo cerrado la puerta tras de sí, Riley volvió a sentarse y se dirigió al atemorizado caballero.

—Le pido perdón, señor...

—Oh, sí. Disculpe mi grosería —murmuró, aún sin color en la cara—. Me llamo Rubinstein. Helmut Rubinstein.

—Entonces, le pido perdón por el inexcusable comportamiento de mi tripulante, señor Rubinstein. Tenemos la teoría de que a Marco lo construyeron con trozos de criminales muertos.

—Pueden llamarme Helmut —dijo esforzándose por parecer tranquilo—. Y acepto sus disculpas, no es la primera vez que tengo que vérmelas con alguien que odia a los judíos... pero tengo una curiosidad: ¿cuál es el cometido del señor Marovic?

—¿Qué?

—Usted es el capitán, el señor Alcántara su segundo, la señorita Daumas la piloto y el señor Moreira el mecánico pero, ¿Cuál es la función de ese hombre dentro del barco?

Alex Riley lo pensó un instante antes de contestar con una mueca.

—Es nuestro jefe de protocolo.

Jack fue a añadir algo cuando inesperadamente alguien apareció en el umbral y lo dejó con la boca abierta.

Como salida de una glamurosa revista de esas que ninguno de los presentes solía leer, los tripulantes del Pingarrón se encontraron frente a una de las mujeres más hermosas que habían visto en sus vidas.

Alta y delgada, aparentaba no más de veintidós o veintitrés años. Llevaba un sencillo vestido color marfil con flores rojas que resaltaban la blancura de su piel, y una mata de pelo ondulado color caoba caía en cascada sobre las angulosas mejillas hasta la altura de sus pechos, apenas insinuados bajo la vaporosa tela que terminaba en un escueto bordado justo bajo las rodillas.

Consciente del efecto que causaba en los demás, la muchacha se mantuvo de pie, delineando una seductora sonrisa de dientes perfectos. Sin siquiera pestañear, sus deslumbrantes ojos verdes se pasearon por la mesa, y tras dedicarles una breve mirada a cada uno se dirigió a Alex, sentado a la cabeza de la misma.

—Buenos días a todos —saludó con voz seductora—. ¿Me permiten que les acompañe?

—Capitán, amigos —dijo entonces Rubinstein, poniéndose en pie y apartándole la silla—. Les presento a Elsa, mi esposa.

## Högel

El hombre, completamente desnudo, permanecía atado a la silla de pies y manos desde hacía horas.

La fría habitación sin ventanas estaba desprovista de cualquier mobiliario. Sus sucias paredes desnudas, estampadas de negras manchas de humedad. El lugar apestaba a calabozo, a heces, a miedo.

No sabía cómo había llegado allí ni dónde se encontraba. Alguien lo había abordado en el portal de su casa y le había hecho perder el conocimiento con un fuerte golpe en la nuca. Lo siguiente que recordaba era haber abierto los ojos y descubrirse en esa habitación maloliente.

Enseguida trató de averiguar qué sucedía y por qué estaba allí, pero antes de poder terminar la pregunta, el desconocido le golpeó la cara brutal y metódicamente con una porra de madera. Le rompió el pómulo izquierdo y varios dientes, dejándole la cara deformada por la hinchazón y los coágulos.

Y este había sido solo el primero.

Por una puerta situada a su espalda, con regularidad, habían ido entrando y saliendo distintos hombres, de uno en uno, todos ellos igual de silenciosos y violentos, que habían puesto el mismo esmero a la hora de destrozarle cada hueso del cuerpo. El dolor era en ese momento tan lacerante y generalizado que le resultaba imposible distinguir en qué parte se habían cebado más, aunque las dos rótulas, ahora reducidas a un par de amasijos inútiles, le decían que, pasara lo que pasara a partir de ese momento, ya jamás volvería a caminar.

No sabía dónde estaba. No sabía por qué lo habían llevado allí. No sabía quiénes lo habían llevado allí. Y, lo que era peor: no sabía qué querían saber.

Desde que habían empezado a torturarlo no le habían hecho ni una sola pregunta.

La puerta a su espalda se abrió de nuevo.

Al contrario que las primeras veces, en que instintivamente intentaba girarse para verle la cara al recién llegado, cerró los ojos y agachó la cabeza, preparándose para la lluvia de golpes que sin duda estaban por venir.

Esta vez, sin embargo, no pasó nada de eso. Distinguió, por los pasos claramente diferenciados, que varias personas habían entrado en la habitación y se habían situado frente a él. Movidó por la curiosidad, abrió el que ya era su único ojo sano para descubrir cómo le colocaban delante una silla y una mesa, y sobre esta una lámpara de flexo, una botella de vino tinto y un par de vasos. Por un momento tuvo la absurda impresión de que estaba en un restaurante, esperando a que le sirvieran la comida. En su desesperación, imaginó que por fin la tortura había terminado, que aquellos desconocidos se habían dado cuenta de su error y se disponían a ofrecerle disculpas por el malentendido.

Esa fantasía, por desgracia, tardó en disolverse lo que tardaron los sicarios en completar su tarea y retirarse de nuevo sin decir una palabra, cerrando la puerta tras de sí y sin hacer el menor amago de desatar sus ligaduras.

El hombre, con el cuerpo sembrado de cardenales, se quedó mirando aquella humilde botella de vino sin etiqueta como alguien perdido en el desierto miraría una cantimplora, anhelando un sorbo que arrastrara el sabor a bilis y sangre que se apelmazaba en su garganta.

Quizá por eso no se apercibió de que alguien más entraba en la habitación y se situaba justo al otro lado de la mesa.

—Oh, por favor... —dijo el desconocido con desagrado, evidenciando su acento teutónico.

Esforzándose por enfocar al recién llegado, el prisionero parpadeó varias veces hasta que una imagen más o menos clara se formó en su retina.

Frente a él, un oficial de la temida Gestapo, con su intimidante uniforme negro y el brazalete rojo de la bandera nazi destacando en la manga derecha, meneaba la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua con desaprobación.

—Son unos auténticos animales —añadió contrariado, y tras unas escuetas órdenes en alemán alguien más entró en la habitación y cortó las ligaduras que lo mantenían atado a la silla.

Esto supuso que el hombre se derrumbara sobre la mesa como un títere al que le han cortado los hilos. La cabeza y los brazos desmadejados, inertes, babeando un reguero de sangre que manchaba la madera.

—Le pido mil disculpas —insistió el oficial, tomando asiento—. Se han extralimitado y los culpables serán castigados. Esta no es la forma en que nosotros hacemos las cosas.

El hombre torció la cabeza, sin fuerzas para contestar, y le dirigió una turbia mirada a su interlocutor.

No podía asegurar si era un efecto producido por la luz del flexo que le deslumbraba, o del desprendimiento de retina que seguro había sufrido, pero aquel oficial parecía tener la piel más blanca que había visto en su vida. Por un instante, dudó de si se trataba de una especie de excéntrico maquillaje, como el que usaban los nobles en la corte de Luis XVI. Pero enseguida se dio cuenta de que el pelo que asomaba bajo la gorra negra era también inusitadamente blanco, así como las pupilas que lo miraban, lechosas, con unos pequeños iris negros en su centro que parecían ausentes del brillo de la vida, como las de un tiburón. Comprendió que se encontraba frente a un albino.

—Soy el capitán Jürgen Högel —dijo descorchando la botella de vino y sirviendo un generoso chorro en cada uno de los vasos—. Beba, haga el favor. Le sentará bien.

El hombre levantó levemente la cabeza, lo justo para apoyarse sobre la barbilla, y alargó la mano tratando de alcanzar su vaso.

—Yo... —masculló mientras lo hacía—. Yo soy...

—Oh, no hace falta que se presente —repuso el nazi con un ademán—. Sabemos perfectamente quién es usted.

La rotunda afirmación fue respondida con una mirada interrogativa del hombre que, con el esfuerzo que a otros les llevaría coronar la cima de una montaña, había logrado agarrar el vaso de vino y lo arrastraba sobre la mesa hacia su boca.

—¿Por... qué...? —alcanzó a murmurar.

—Usted sabe el porqué —contestó el alemán, endureciendo la mirada—. Deme la información que necesito y le prometo que de inmediato saldrá por esa puerta.

—¿Qué... información...? —balbució, con el borde del vaso a pocos milímetros de sus labios, sabiendo que dijera lo que dijera, era hombre muerto—. Yo no sé... nada.

Högel sintió una sorda ira crecer dentro de sí. Aquel despojo humano pretendía resistirse, a pesar de haberle dado una última oportunidad para confesar.

¿Por qué lo hacían? Se preguntó, enfureciéndose. No importaba lo generoso y cordial que fuera con ellos. Aquellos miserables siempre le despreciaban al negarse a colaborar.

Con su actitud estaban despreciando al Reich.

A la Gestapo.

Lo despreciaban a él mismo.

Jürgen Högel había sido siempre objeto de burlas y desprecios, desde su más tierna infancia hasta la universidad, por causa de su albinismo. «Vaso de leche» o «muerto viviente» eran los apodos más amables que recordaba. Pero una vez ingresó en el partido, ya nadie volvió a reírse de él. Todos los que lo habían hecho en los años precedentes, sin excepción, habían sido sibilinamente acusados de los más diversos crímenes contra el III Reich gracias a un eficiente y despiadado agente de la recién creada *Geheime Staatspolizei*... y ya nunca ninguno de ellos se había vuelto a reír. Ni de él, ni de ninguna otra cosa.

Högel se excitó ante la perspectiva de este mostrarle también a ese *untermen* las graves consecuencias que suponían menospreciarlo. De hecho, sería un placer hacerlo.

Sin decir una palabra, se levantó bruscamente de la silla, se abalanzó sobre la mesa y con un rápido movimiento aferró con fuerza la muñeca del prisionero.

Incapaz de resistirse, el hombre desnudo se quedó mirando un instante aquella mano que lo sujetaba y que lucía un anillo de plata con el cráneo y las tibias cruzadas: el terrorífico anillo *Totenkopf* de la Gestapo. Entonces levantó la vista y descubrió cómo en la mano derecha del albino había aparecido un reluciente puñal con una esvástica en el mango, y en su rostro una sonrisa inhumana.

Lo siguiente que vio el puñal descendiendo salvajemente, clavándose en la mesa y seccionando su dedo meñique de un solo tajo.

Justo después comenzó a gritar.



## 4

Finalizada la guardia de Julie, era Alex quien, en compañía de Jack, llevaba el timón de la nave a través de un mar en bucólica calma bajo el sol del mediodía.

Dentro del pequeño puente de madera del Pingarrón, entre el voluminoso equipo de radio, los instrumentos de navegación y comunicación, la silla del timonel y el aparatoso compás magnético, apenas quedaba espacio para un par de personas más. Así, Jack había tenido que acomodar su voluminoso corpachón contra la puerta, y recostado sobre ella, saboreaba una humeante taza de café.

—¿Tú te lo crees? —dijo dando un nuevo sorbo.

—¿El qué? —repuso el capitán sin dejar de mirar al frente, apoyado en la rueda del timón.

—Ya lo sabes... Lo de que el tipo sea un hombre de negocios austríaco huyendo de la persecución de los nazis. A mí no me cuadra.

Alex miró de reojo a su primer oficial.

—¿Por qué? ¿Crees que no es quien dice ser?

—¿Pero tú lo has visto bien? —dijo, meneando tan efusivamente la taza que a punto estuvo de derramar su contenido—. El hombre está permanentemente asustado. Más que un hombre de negocios parece una gallina clueca.

—¿Tú no tendrías miedo si supieras que hay un montón de fanáticos que quieren matarte, o recluirte a ti a tu familia en un campo de concentración?

El cocinero de la nave negó con la cabeza.

—No es eso, y lo sabes —insistió—. Cuando a Julie se le cayó un tenedor durante el desayuno, Rubinstein se quedó tan blanco que creí que le iba a dar un ataque al corazón.

—Joder, Jack —repuso Alex mientras corregía el curso un par de grados a estribor—. Es un empresario, un fabricante de productos químicos, no un comando de las fuerzas especiales. Ponte en su lugar —añadió—. Está a bordo de un barco de contrabando,

rodeado de una pandilla de desaliñados desconocidos que podrían tirarlo por la borda o entregarlo a los nazis. Es lógico que esté asustado.

—Pero nosotros no vamos a hacer eso —arguyó el gallego.

—Claro que no. Pero eso es algo que él no sabe con certeza.

Jack Alcántara pareció meditar las palabras del capitán, pero al cabo volvió a menear la cabeza.

—Sigo sin verlo claro —concluyó—. Y además, está el tema de su esposa, Elsa.

—¿Qué pasa con ella? ¿También te parece asustadiza?

—Todo lo contrario —dijo. Dio un último sorbo y dejó la taza sobre una pequeña mesita auxiliar junto al timón—. Me parece una joven extraordinaria. No logro comprender qué hace con ese vejstorio.

—A lo mejor el señor Rubinstein tiene un corazón de oro.

—Seguramente. Guardado en la caja fuerte de un banco suizo.

Alex no pudo reprimir una carcajada al comprender de qué iba todo aquello.

—Ahora veo adónde quieres ir a parar —dijo volviéndose hacia su amigo—. Así que todo esto va sobre ella, ¿no?

—¡No! —replicó, demasiado rápido y demasiado vehemente.

—Venga, hombre. Admito que la muchacha es un bombón, pero a estas alturas pensaba que ya estaba vacunado de cosas así.

—¿Vacunado? ¿Pero tú la has visto bien? ¡Es una puñetera diosa!

—Huy, huy, huy... me parece que te has quedado coladito por ella.

—Bueno, sí, es posible... —admitió a regañadientes—. Pero lo que me repatea es que ese fulano se la haya llevado al huerto solo por tener dinero.

—Si tú fueras rico, ¿no tratarías de casarte con una mujer así?

—Pues claro. Pero creo que ni siendo como Rockefeller conseguiría una esposa como esa. Es... demasiado hermosa. Una mujer como ella podría haber encontrado un hombre rico, y que, además, fuera joven.

—Los viejos suelen vivir menos, no lo olvides.

Jack dejó escapar un estoico suspiro.

—Tienes razón. Pero no puedo dejar de pensar que es una pena. Seguro que podría haber encontrado a alguien mejor que ese, que ese... —y dejó el adjetivo en el aire.

—¿Alguien como un cocinero contrabandista con sobrepeso? —inquirió Alex con sorna—. Sí, es una pena.

—¿Y por qué no? —repuso, airado por el tono del capitán—. Seguro que sería más feliz conmigo que con ese carcamal.

—No seas iluso, Jack. Ese tipo de mujeres están fuera de nuestro alcance, y cuanto antes lo asumas, menos dolores de cabeza y de entrepierna tendrás.

Herido en su amor propio, el gallego se puso muy tieso y se aclaró la garganta.

—Eso lo veremos —dijo en tono de desafío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alex, sin poder contener una sonrisa ante el arranque de orgullo de su amigo—. ¿Vas a intentar seducir a nuestra pasajera?

—Antes de que los dejemos en Lisboa —recitó como un galán de película, con la mirada puesta en el infinito horizonte—, esa hermosa joven habrá caído rendida en mis brazos.

—Tú estás tonto.

—¿Ah, sí? ¿Qué te apuestas?

—Vamos, Jack. No tienes ninguna oportunidad de...

—¿Cien dólares?

—¡Trato hecho! —aceptó Riley de inmediato y selló la apuesta con un apretón de manos antes de que el otro se arrepintiera.

Mientras lo hacía, Alex repasó de arriba abajo la gruesa figura de su segundo: su enorme corpachón rebosaba bajo una ropa tachonada de lamparones, coronada por su inseparable gorro de lana con borla, que llevaba desde que alguien le aseguró que sin él no podía considerarse un auténtico lobo de mar.

—Te deseo mucha suerte —añadió el capitán, sonriendo abiertamente.

La navegación hasta Barcelona resultó inusitadamente plácida, y el único momento de tensión se produjo cuando se cruzaron de vuelta encontrada con un crucero de guerra italiano que, por fortuna, se limitó a echarles un breve vistazo al pasar por su costado de babor, sin otorgarle la menor importancia a un vulgar carguero de aspecto inofensivo y bajo pabellón neutral. La pareja austríaca, alarmada, se había escondido en su camarote,

pero como el barco fascista no había mostrado ningún interés en abordarlos, la cosa no pasó de ser una mera anécdota y una anotación a pie de página en el cuaderno de bitácora del capitán.

Así pues, antes de la puesta de sol, el Pingarrón ya traspasaba la bocana del puerto de la Ciudad Condal; a su derecha dejaban la luz verde situada en el extremo sur del espigón, y a velocidad de maniobra se adentraban por el ancho canal que les llevaba hasta el amarradero en el Moll Nou, el lugar que desde la autoridad portuaria les habían asignado para atracar y descargar la mercancía.

Esta vez sí, con todas las luces del barco encendidas como un árbol de Navidad, avanzaban a menos de tres nudos cortando las aguas verdes y oleosas del puerto. Alex se mantenía al timón y, aunque sabía perfectamente que Julie era más que capaz de realizar el ataque, este solía ser uno de los momentos más delicados de cualquier travesía y a nadie más le dejaba la responsabilidad de llevar a cabo el procedimiento si podía hacerlo personalmente.

—¡Colocad las defensas de estribor! —gritó Alex, asomándose por la ventana del puente—. ¡Jack, larga el esprín de proa en cuanto puedas!

De inmediato, Marco y Julie fueron lanzando por la borda uno a uno los neumáticos viejos que impedían que el casco del Pingarrón se golpeará con el hormigón del muelle. A continuación Jack lanzó un cabo por la proa al personal del puerto, que tras amarrarlo a un bolardo, permitió a Riley poner avante al mínimo y, con el timón todo a babor, acercar lentamente la popa al muelle hasta que esta estuvo a la distancia suficiente para que de nuevo Jack les largara un cabo, esta vez desde la popa, y así el barco quedara firmemente amarrado a tierra.

—Apaga motores —ordenó a César en la sala de máquinas cuando la operación hubo concluido, inclinándose sobre el comunicador—. Y cuando termines, sube a darte una ducha y ponerte elegante. Os invito a todos a un vino en El Náufrago.

Poco más tarde, tras hacer los trámites pertinentes en la comandancia del puerto, el capitán Riley, acompañado de Jack, Julie y César, caminaba por las estrechas y enrevesadas calles de la Ciutat Vella de Barcelona.

A pesar de las airadas protestas de Marovic, que tenía planeada una larga noche de alcohol y prostitutas, Alex le había ordenado quedarse de guardia en el barco junto a la pareja de pasajeros porque aunque disponían de falsos pasaportes suizos, consideró más seguro que siguieran a bordo del Pingarrón. Aunque España era nominalmente un país neutral en la guerra que estaba asolando Europa, a nadie se le escapaba que el régimen fascista instaurado por los vencedores de la guerra civil simpatizaba descaradamente con los nazis y espías e informadores alemanes pululaban por doquier. Así que más les valía no arriesgarse ni llamar la atención, cosa que, por desgracia, en compañía de la espectacular señora Rubinstein habría resultado imposible.

El sol ya se había puesto tras la montaña de Collserola, pero aunque en otras capitales europeas lo normal hubiera sido encontrar las calles desiertas a tales horas, el casco viejo de Barcelona aún hervía de actividad bajo los escasos fanales que iluminaban unas callejuelas embanderadas con sábanas, pantalones y camisas puestas a secar en los balcones y multitud de negocios se encontraban abiertos: tiendas de ultramarinos, zapateros remendones, pescaderías malolientes y oscuras tascas de vino peleón para marineros sin barco.

A paso tranquilo los cuatro se adentraron por el Carrer Ample, caminando con ese paso característico que delata a los marinos que acaban de bajar a tierra, tambaleándose como si el suelo siguiera moviéndose aún bajo sus pies. El centenario empedrado de las calles repicaba de vez en cuando bajo los cascos de algunos caballos y mulos, que transitaban el barrio repartiendo leña o carbón para las cocinas o tirando de un carro de apáticos barrenderos. En aquella parte de la ciudad parecían no haberse decidido por el uso del automóvil, pues no solo las enrevesadas calles medievales resultaban demasiado estrechas para circular por ellas, sino que, además, en la ardua posguerra que estaba sufriendo el país desde que Franco se alzara con la victoria, la gasolina era un lujo al que solo tenía acceso una privilegiada minoría, y desde luego, esa minoría no vivía en los barrios populares cercanos al puerto.

La mayoría de los peatones les dedicaban una segunda mirada de extrañeza al cruzarse con ellos, y es que no solo formaban un cuarteto ciertamente variopinto, sino que a un kilómetro de distancia se notaba que no eran oriundos del lugar. Los barceloneses de aquellos días sufrían las duras consecuencias de una posguerra que

estaba resultando tan dura como la guerra civil que la había provocado. La mayoría de los alimentos estaban racionados, y productos como el jabón o el aceite habían pasado a ser artículos al alcance de muy pocos. En consecuencia, el aspecto general de la gente era el de no estar pasando precisamente una buena racha, y las ropas viejas y remendadas de hombres mal afeitados, con boina y alpargatas, así como las mujeres enlutadas con sucios delantales que llevaban a niños churretosos de la mano, no hacían sino acentuar esa impresión.

Muchos de los centenarios edificios de aquel barrio parecían combarse hacia afuera, como si quisieran asomarse también a la calle, amenazando con desmayarse sobre la acera con sus paredes sucias y desconchadas repintadas a parches con pintura blanca. «Puede —pensó Alex—, que para borrar consignas republicanas de cuando la ciudad aún resistía al ejército fascista.»

Los olores a boñiga, orines y a sardinas fritas se escapaban por las ventanas e impregnaban el aire del barrio, mientras la basura se amontonaba en los rincones y las esquinas, donde no era raro ver a un hombre en competencia con los perros callejeros revolverla en busca de algo que llevarse a la boca o al bolsillo.

«Pero, a pesar de todo eso, los ojos vivaces y la actitud de la mayoría de la gente contrastan con su deprimente entorno, y el ambiente general podría calificarse casi como de...»

—Esta ciudad apesta —opinó Jack, interrumpiendo los pensamientos de Riley.

—Ya sabemos que, según tú, Vigo es la ciudad más bonita de España —replicó Alex—. Siempre que venimos dices lo mismo.

—Es que es la verdad. Y además, está mucho más limpia —recalcó dando una patada a un montoncito de basura—. El día que vayamos, veréis que estoy en lo cierto.

—Para mí también es demasiado bulliciosa —murmuró César, mirando a su alrededor—. Prefiero lugares más pequeños y tranquilos.

—Es que tú te criaste en un pueblecito de pescadores, mi amor —bromeó su mujer—. Si ves más de diez personas juntas, ya te pones nervioso. Aunque, si queréis saber mi opinión, creo que Niza es sin duda la ciudad más hermosa de toda Europa.

El capitán se volvió a medias sin dejar de caminar.

—Pues a mí me gusta esta —objetó, haciendo un círculo con el dedo en el aire—. Creo que Barcelona tiene algo especial, y el día en que salgan de este pozo de mierda de la posguerra, tengo la corazonada de que se convertirá en un lugar bastante agradable.

—Oh, venga ya —se burló el gallego con un ademán—. Eso ni tú te lo crees.

Pocos metros más allá —después de cruzarse con una pareja de guardias civiles con tricornio, fusil a la espalda y grandes mostachos que, suspicaces, les exigieron mostrar su documentación con sus habituales malos modos—, al doblar una esquina, llegaron a El Náufrago, la tasca donde religiosamente iban a parar cada vez que atracaban en la ciudad.

En realidad era un local tan cutre, sucio y desastrado como cualquier otro de los alrededores, con serrín y colillas por el suelo, toneles de roble de vino peleón en las paredes y su nómina de borrachos habituales. Pero las tapas que servían eran generosas y el tinto de la casa estaba menos aguado de lo habitual, aunque lo mejor de todo era el dueño, un excombatiente republicano llamado Antonio Román, que había luchado junto a Riley y Jack en la batalla de Belchite, unos cuatro años atrás.

—¡Me cago en la leche! —exclamó al verlos entrar por la puerta—. ¡Pero si son el gringo y el gallego! —Tiró sobre la barra el trapo que llevaba al hombro, salió a su encuentro y se fundió en un abrazo con ellos—. ¡Pero qué alegría veros de nuevo! —Y dando un paso hacia atrás añadió con un reproche—: Hacía mil años que no os pasabais por aquí.

—Yo también me alegro mucho de verte, Antonio —contestó Alex, feliz de reencontrarse con un antiguo camarada de armas—. Pero ya sabes que los negocios no siempre le llevan a uno adonde le gustaría.

El cantinero, un hombre de mediana estatura y poblado bigote, ataviado con una camisa blanca con cercos de sudor y un delantal que tiempo atrás también debió ser de color blanco, miró muy serio la prominente barriga de Jack y la palmeó con censura.

—Coño, Joaquín, has engordado. No creí que eso fuera posible.

—Vete a la mierda —contestó sin perder la sonrisa, propinándole un fingido puñetazo en el hombro.

—Vaya —dijo seguidamente, mirando a la espalda del cocinero—, veo que esta vez os han dejado bajar a tierra. Como siempre, un placer volver a verla, señorita Daumas. —Y galantemente le besó el reverso de la mano.

—Señora de Moreira desde hace seis meses —contestó la francesa, enseñándole el anillo en su mano izquierda con una sonrisa de orgullo.

Antonio se volvió hacia César con incredulidad.

—¡Tú! —Lo señaló, con los ojos muy abiertos—. ¡No puede ser! ¿Pero cómo lo lograste?

—Usé mi arma secreta —dijo en confidencia.

—¿Ser un pelmazo?

—Día y noche —admitió con un guiño—. Hasta que dijo que sí.

Minutos más tarde y ya sentados alrededor de la mesa del rincón, tenían frente a sí dos botellas de auténtico vino del Penedés, una hogaza de pan recién hecho y una succulenta tortilla de patatas con cebolla cortada en porciones.

—¿Y qué ha sido de ti en todo este tiempo? —preguntó Alex—. Veo que tienes el bar lleno de gente. Eso es buena señal, ¿no?

—Voy tirando —confirmó Antonio—, pero son malos tiempos. La gente pasa hambre, y la policía secreta del régimen está por todas partes. —Miró a su espalda y agregó en susurros—: Hasta he tenido que cambiarme el nombre por el de Antonio López, por si las moscas. A los ex milicianos que atrapan los mandan a la cárcel de Montjuic, y de muchos ya no se vuelve a saber más. Son malos tiempos —repitió, y dio un trago a su vaso de vino—. Muy malos.

—Carallo... —masculló Jack—. Pensaba que dos años después de la guerra la cosa ya se habría tranquilizado.

—Qué va, Joaquín. Casi te diría que va a peor, y con la guerra en Europa y el cabrón de Hitler llevando las de ganar, aún está más difícil la cosa.

—Bueno, esperemos que cambien las tornas.

—Brindo por eso —dijo Alex, alzando su vaso con disimulo.

—No sé, no sé... —murmuró Antonio con desánimo—. Según parece, los alemanes han sitiado Kiev y Stalingrado, y marchan a toda leche hacia Moscú. Si los rusos pierden su capital perderán también la guerra, y entonces los nazis podrían volcar toda su atención en el frente occidental e invadir Gran Bretaña. Y cuando eso pase...



—Aún quedan los americanos por entrar en juego —apuntó entonces César, mirando a su capitán—. Ellos son los únicos que pueden cambiar el signo de esta guerra.

Alex se retrepó en la silla y miró fijamente su vaso ya vacío.

—Es posible —admitió—. Pero aunque Roosevelt ha autorizado a la armada a proteger los convoyes que van a Inglaterra, no parece demasiado dispuesto a iniciar una guerra contra los alemanes, sobre todo teniendo en cuenta que las cosas en el Pacífico se están poniendo feas con los japoneses y cualquier día son capaces de darnos un susto.

—Qué curioso —apuntó Julie, pensativa—. Así que, mientras Japón no le declare la guerra a los Estados Unidos, estos no entrarán en el conflicto y los nazis tendrán vía libre para arrasarse en Europa, ¿no? Entonces, me temo que el emperador Hiro-Hito se lo tomará con mucha calma para no perjudicar a sus amigos alemanes.

Antonio miró a la piloto del Pingarrón con renovada admiración.

—Caramba, caramba... No solo es guapa, sino que también es lista y sabe de política internacional. ¿Por qué has tenido que casarte con él? —dijo con teatral desolación, señalando al portugués con el pulgar.

—Se puso muy, muy pesado —contestó con un teatral gesto de cansancio—. Fue la única manera de que me dejara tranquila.

—En fin... —se lamentó el cantinero— la vida es injusta. Y cambiando de tercio —dijo mirando a Riley—, ¿qué os trae por Barcelona?

—Negocios, como siempre —dijo encogiéndose de hombros—. Transportamos una carga de maquinaria textil desde Italia que mañana espero ya haberme quitado de encima.

—¿Y algo más? —inquirió Antonio con mirada ladina—. ¿Algo que me pudiera... interesar?

En respuesta, Alex abrió discretamente el bolso de viaje que había traído del barco y empujándolo con el pie lo dejó al lado del cantinero, que estudió su contenido con meticulosidad.

—Buena calidad —murmuró al cabo de un minuto largo.

—La mejor, como siempre. Champán francés, chocolate suizo y tabaco americano.

—¿Cuánto tienes?

—En total, treinta y dos cajas.

Antonio silbó con asombro.

—Eso es mucho percal para mí. En realidad, es mucho casi para cualquiera.

—No tienes por qué quedártelo todo. Podemos buscar más compradores.

—Esa no es una buena idea —dijo negando con la cabeza—. Últimamente se han puesto muy duros con el estraperlo, y si empezáis a mover mucho la mercancía, al final alguien se irá de la lengua y se chivará. No —razonó—. Lo que necesitáis es un solo comprador, y luego si te he visto no me acuerdo.

Alex se inclinó hacia delante y se apoyó sobre la mesa manchada de vino y migas de pan.

—Pero acabas de decir que es demasiada mercancía para cualquiera.

—Bueno, tengo algunos contactos... —dijo mirando de nuevo el contenido de la bolsa—. Si me hacéis un buen precio puedo encargarme de la distribución de todo el cargamento.

—¿Un buen precio?

—El diez por ciento de los beneficios.

—El dos —respondió Alex de inmediato—. Y mi más sincera gratitud.

—El ocho —replicó Antonio—. Tengo mujer e hijos que alimentar.

—Cuatro por ciento es mi última palabra. Eres demasiado feo para tener mujer —añadió—, y mucho menos una que quiera tener hijos contigo.

—Dejaos de tonterías —los interrumpió Julie con impaciencia—. Un cinco por ciento será lo justo. *C'est bien*, Antonio?

—Qué remedio... —dijo encogiéndose de hombros, con afectada resignación.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó el capitán, sellando el acuerdo con un apretón de manos—. Mañana mándame unos estibadores y un camión al Moll Nou, que yo me encargaré de los aduaneros.

—Está bien, los tendrás por la tarde.

—Por cierto, Antonio. ¿Sabes si hay quien pudiera estar interesado en nuestros servicios?

—Oh, pues ahora que lo dices —dijo mesándose el bigote—, sé de alguien que está buscando gente para un trabajo especializado.

—¿Quién? —quiso saber Jack.

—Todo lo que sé es que necesita rescatar urgentemente algo de un barco hundido. Vosotros ya lo habéis hecho alguna vez, ¿no?

—Alguna vez... —confirmó Alex—. Pero resulta caro y peligroso. Casi nunca vale la pena.

—Pues esta vez diría que sí —secreteó en voz baja, apoyando los codos en la mesa y echando un vistazo alrededor—. He oído que hay una cantidad indecente de dinero de por medio.

Alex sonrió.

—Me gusta la indecencia.

—¿Quién es el contratista? —insistió Jack.

—Un financiero que casualmente está estos días en Barcelona. Os puedo concertar una reunión para mañana por la mañana.

—¿Y tiene nombre ese financiero? —inquirió Jack por tercera vez, receloso ante la reticencia del otro a revelar su identidad.

Antonio Román entrelazó las manos, bajó la mirada y pareció que se le había comido la lengua el gato.

—¿Antonio? —preguntó Alex, extrañado también ante su actitud.

—Es mallorquín... —musitó—. Creo que ya sabéis a quién me refiero —agregó, sin llegar a levantar la vista.

Durante un instante todos se quedaron en silencio, tratando de descifrar aquella críptica respuesta. Pero, casi al mismo tiempo los tripulantes del Pingarrón comprendieron con idéntico estupor a quién se refería el tabernero.

—¡Ah, no! —exclamó Julie, llamando la atención del resto de la clientela—. ¡Eso no! *Jamais!*

—*Nunca mais!* —prorrumpió César, encendido—. ¡Capitán, usted dijo que *nunca mais!*

—¡Ni hablar del peluquín! —bramó al mismo tiempo el gallego con su potente voz, mientras amenazaba a Alex con el dedo—. ¡Que ni se te pase por la cabeza! ¿Me oyes? ¡Antes muerto que volver a trabajar para él!

## 5

De regreso en el Pingarrón, toda la tripulación se había congregado en el comedor alrededor de la gran mesa. Sin embargo, al contrario que esa misma mañana, el ambiente era tenso y las discusiones resultaban de todo menos cordiales.

—Será solo un trabajo como otro cualquiera —alegaba el capitán, tratando de tranquilizarlos—. Averiguamos de qué se trata, decidimos si nos interesa, y si no, adiós muy buenas.

—Con ese cabrón nunca hay un adiós muy buenas —replicó Marco, que había tenido la misma reacción que sus compañeros al saber quién estaba al cabo del negocio—. Tratará de engañarnos, robarnos o asesinarlos... y seguramente las tres cosas a la vez.

—En esta ocasión no será así. Ya estamos sobre aviso, así que estaremos prevenidos y todo saldrá bien.

—Nos dio su palabra —le recriminó Julie, apuntándole con el dedo—. Dijo que nunca volveríamos a trabajar para él.

—Lo sé, pero necesitamos el dinero y no podemos darnos el lujo de rechazar un trabajo solo porque no nos gusta quien nos paga.

—¿Que no nos gusta? —La francesa puso las manos encima de la mesa con las palmas hacia arriba, como si sostuviera una bandeja invisible—. *Mon Dieu!* ¡Quiso matarnos!

—Sabemos que usted es el capitán, pero somos mayoría —le hizo ver César, abarcando con un gesto a los demás—. Ninguno de nosotros trabajará para ese hombre, no importa cuánto dinero ofrezca.

—Señor Moreira —replicó Alex, envistiéndose de una súbita gravedad—, le recuerdo que este es mi barco y que esto no es una democracia.

—Lo sé, capitán —dijo bajando un poco el tono—. Pero usted no puede llevar el barco solo, nos necesita —añadió mirando a sus compañeros—, y no queremos aceptar ese trabajo.

—No he dicho que debamos hacerlo, pero no nos hará daño averiguar cuál es el trato, ¿no?

—Yo creo que sí —adujo Julie—. Mañana ya habremos descargado toda la mercancía y podremos ir a cualquier otro puerto, quizá a Valencia, o si no a...

—Julie... —la interrumpió Riley—. Cada día que pasamos con las bodegas vacías perdemos dinero. Y además, ¿necesito recordarte cómo es este negocio? El amarre, el combustible, el mantenimiento del barco... Tenemos que trabajar constantemente para salir adelante.

—Ese tipo es una sabandija traicionera —arguyó Jack por enésima vez—. Si trabajamos para él, nos arrepentiremos por el resto de nuestras cortas vidas.

Y justo entonces, tomándolos por sorpresa, una voz femenina con acento centroeuropeo preguntó desde el umbral de la puerta:

—¿Quién es una sabandija traicionera?

—Ho... hola, señora Rubinstein —tartamudeó Jack, antes de añadir—: Nadie, no es nadie... —dijo, desechando el tema con un gesto—. Estábamos hablando de una mala persona.

Alex, sin embargo, aprovechó la oportunidad para atacar por el flanco más débil de cualquier hombre.

—Se trata de un individuo —explicó, para sorpresa de los presentes—, con el que podríamos hacer un buen trato. Pero, por desgracia —dijo con teatral aflicción—, a mi tripulación le aterroriza ese hombre y se niega a tratar con él.

—¿Ah, sí? —preguntó la austríaca, inclinando la cabeza con interés.

—Bueno... —carraspeó Jack—. Aterrorizar no sería la palabra correcta, más bien diría que...

—¿Le tienen miedo? —preguntó acercándose a la mesa, envuelta en perfume y en un vaporoso vestido de lino blanco que dejaba a la vista un generoso escote. Fue a sentarse entre Marco y Jack, y posó una mano sobre el hombro de cada uno de ellos—. ¿Y tiene nombre ese demonio que tanto atemoriza a unos marineros curtidos?

—Se llama Joan March —aclaró Alex—, y es casi un anciano.

—¿No me diga? —Posando las manos sobre las de los hombres que tenía a izquierda y derecha, susurró apenada—: Qué sorpresa... Pensé que los contrabandistas eran hombres valientes y rudos.

El gallego y el yugoslavo enrojecieron como dos adolescentes en su primer beso.

—Eso creía yo también —coincidió Riley encogiéndose de hombros—. Pero ya ve que...

—Un momento, capitán. Tampoco he dicho que no —lo interrumpió Marovic con altivez, haciendo crujir los nudillos con fuerza—. ¿Cuándo... cuándo quiere que vayamos a hablar con ese hombre?

Al oír esas palabras, Elsa pasó el brazo por los hombros del yugoslavo, y le dedicó una insinuante sonrisa que a punto estuvo de derretirlo sobre la silla.

—Yo creo que cuanto antes, mejor —exclamó entonces el cocinero y primer oficial, tratando de recuperar la iniciativa—. Mañana mismo deberíamos tratar de reunirnos con él. Es más —agregó henchido, alzando la barbilla—, creo que debería ir yo solo y así no arriesgar la vida de nadie más.

Alex tuvo que esforzarse por no reír, y todo lo seriamente que pudo les preguntó, apoyando los codos sobre la mesa:

—Entonces... ¿eso significa que estáis conmigo en este asunto?

—Absolutamente —respondió uno.

—¿Por qué no iba a estarlo? —contestó el otro, casi ofendido por la pregunta.

—¡Estupendo! —dijo Riley, dando una palmada de aprobación—. Sabía que podía confiar en vosotros. —Y volviéndose hacia César y Julie, que habían observado toda la escena sin dar crédito a lo que estaban viendo, les dedicó un guiño burlón—. Mira por dónde, ahora somos mayoría.

Se puso en pie, y antes de darles tiempo a comprender lo que había sucedido se encaminó a la escalerilla que llevaba a la cubierta inferior, camino de su camarote.

—Hoy ya se ha hecho tarde —dijo antes de marcharse—. Así que mañana discutiremos los detalles. Buenas noches a todos.

Sin dejar de sonreír como un zorro que acaba de colarse en el gallinero, bajó hasta la cubierta de camarotes. Pero antes de entrar en el suyo llamó a la puerta del destinado a los pasajeros.

—¿Señor Rubinstein? —preguntó dando un par de golpecitos en la madera.

Al cabo de unos segundos la puerta se abrió y Helmut Rubinstein apareció con un pijama de franela y restregándose los ojos con cara de sueño.

—¿Sí?

—Señor Rubinstein, solo quería darle las gracias por el favor que me han hecho. — Le entregó una botella de champán del alijo de contrabando y añadió—: Dígale a su esposa que nuestra pequeña comedia ha sido un éxito, y que si se hubiera dedicado a ello, sin duda habría sido una gran actriz.

El día siguiente amaneció con una fina lluvia que rociaba con indolencia las calles de la ciudad. Por lo general, esos días melancólicos que invitaban a café caliente con un chorrito de ron eran los preferidos de Alex, a pesar de que con la humedad se agudizaba el dolor de la vieja herida de bala —o más bien por eso mismo—, como un recordatorio de todo aquello que no podía, ni debía, ni quería olvidar.

En días como esos, el capitán del Pingarrón acostumbraba a deleitarse en la sorda melancolía que ya llevaba años acompañándolo, paladeando esos momentos como un dulce veneno de la memoria. Solía sentarse en el puente de mando a escuchar el hipnótico tamborileo de las gotas de agua repiqueteando contra el techo y los cristales de la cabina, a contemplar cómo el gris horizonte se difuminaba en un manto desvaído entre el cielo y la tierra. Cuando tal cosa sucedía y el mundo se revelaba como un lugar frío, sombrío e indiferente, hallaba una suerte de amarga certidumbre de que así eran las cosas en realidad y, de algún modo, eso le ayudaba a sentirse casi en paz consigo mismo.

Pero esa mañana no era el caso.

Acompañado por su segundo, atravesaba el popular barrio de pescadores de la Barceloneta camino de su cita con Joan March. Las calles eran algo más amplias y ordenadas que las del casco antiguo, —distante menos de quinientos metros.—, y aún con el cielo gris sobre sus cabezas, los colores con que los pescadores decoraban sus casas

usando la misma pintura de los barcos, los omnipresentes geranios que decoraban balcones y ventanas, e incluso los pocos viandantes que corrían a protegerse de la llovizna en los portales, le daban un aire sensiblemente más alegre a aquel arrabal situado entre la playa y el puerto.

—Sigo pensando que es una pésima idea —murmuró Jack, que no dejaba de mirar a izquierda y derecha esperando una emboscada en cada esquina—. Ese cabrón nos la acabará jugando, seguro.

Alex lo miró de soslayo antes de contestar con media sonrisa:

—Pues ayer noche se te veía entusiasmado.

—Vete al carajo. ¿Te crees que no sé lo que hiciste?

—¿Quién? ¿Yo? —repuso con cara de ignorancia—. Por lo que recuerdo, tomaste tu decisión libremente.

—Un copón, libremente. Aunque lo que me fastidia —dijo el cocinero, ignorando el cínico alegato de Alex— es haber caído como un memo. Te aprovechaste de mis... de mis sentimientos hacia esa mujer, y de que Marco tiene el cerebro en los huevos.

El capitán le dio un par de palmaditas en la espalda.

—No te preocupes. Verás como todo va a salir bien.

—Ya —masculló con acritud—. Eso le dijo Hitler a los polacos.

Dos minutos más tarde llegaban a la plaza de la Barceloneta y justo frente a la fachada de la iglesia de Sant Miquel del Port los esperaba una berlina Mercedes de color negro, custodiada por dos matones con sombrero y gabardina, indiferentes a la lluvia, que se volvieron hacia ellos en cuanto los vieron llegar.

—Última oportunidad —murmuró Jack al ver cómo abrían la puerta del auto en una siniestra invitación.

—Ya hemos llegado hasta el puente —repuso Alex, llevándose la mano al costado para sentir el tranquilizador tacto del Colt bajo la cazadora—. Ahora solo queda cruzarlo.

En cuanto subieron al auto, lo primero que hicieron fue vendarles los ojos, ignorando las protestas de los dos marinos y asegurándoles que, o aceptaban ir así, o no irían a ningún lado.



Circularon por Barcelona durante casi una hora, algo que llevó a Alex a suponer que lo hacían para despistarles pues aquella ciudad, no demasiado grande y sin apenas semáforos, en ese tiempo ya habrían podido recorrerla de arriba abajo un par de veces. Finalmente, el sedán se detuvo con un chirrido de los frenos, y tras advertirles que no se quitaran aún las vendas, los hicieron salir del coche para, seguidamente, conducirlos a un lugar bajo techo.

—Ya os las podéis quitar —avisó a sus espaldas una voz de cazalla.

De inmediato se deshicieron de los antifaces, y descubrieron que se encontraban en el interior de un opulento despacho de enormes dimensiones, con un amplio ventanal que daba a un frondoso jardín, una gran mesa de caoba a la luz del mismo, y, enfrente, dos sillas vacías que parecían esperarles. Una decena de cuadros colgaban de las paredes color crema, y a pesar de no ser ningún experto, a Alex no le costó reconocer un Monet y un Van Gogh, así como un par de esculturas griegas o romanas en las dos esquinas del fondo. No dudó ni por un momento, tratándose de quien se trataba, de que todas aquellas obras eran las auténticas y originales.

Miraba a su alrededor procurando no parecer demasiado impresionado cuando uno de los matones se acercó por la espalda y con un gesto ágil, fruto de mucha práctica, los cacheó a ambos en un santiamén. Antes de que se dieran cuenta ya les habían despojado a ambos de las pistolas que llevaban bajo la ropa.

—Tranquilos —dijo el otro gorila, con una sonrisa que decía todo lo contrario—. Cuando os vayáis, os las devuelvo.

Entonces hizo una señal y a los pocos segundos apareció por una puerta lateral un hombre delgado y de nariz prominente que no pasaría del metro setenta de estatura, con un anodino traje oscuro, corbata a rayas y camisa blanca. Sin decir una palabra y con paso ágil, a pesar de la cincuentena larga que aparentaba, se acercó a su escritorio, tomó asiento en un mullido sillón de piel, y sin siquiera mirarlos les hizo una seña —acompañado por un leve empujón de los dos guardaespaldas— para que también se sentaran.

El silencio se prolongó durante unos minutos eternos en los que el recién llegado ojeó unos documentos que tenía sobre la mesa, ignorándolos como si no estuviesen ahí. Costaba creer que aquel tipo con aspecto de aburrido contable fuera uno de los hombres

más ricos y poderosos de toda Europa —«el banquero de Franco», le llamaban algunos—, y que buena parte de su fortuna la hubiera amasado gracias al contrabando, la usura y la especulación en tiempos de guerra.

Casi nadie estaba al corriente de sus orígenes, ni de cómo se había convertido en un personaje que hubiera dejado a Al Capone como un matón de barrio, pero era de todos conocida su gran influencia en el gobierno español, sus contratos para abastecer de petróleo a los nazis, su doble juego con los aliados y sus traiciones constantes a todo aquel incauto que confiaba en él. Era, a pesar de su inofensiva apariencia, un personaje al que había que andarle con mucho tiento, pues con un solo gesto podía enviar a cualquiera a inspeccionar el fondo del puerto con unos bonitos zapatos de cemento.

—Me han dicho... —murmuró con voz rasposa, dejando a un lado los papeles que había estado leyendo— que ya trabajaron en una ocasión para mí. —Se quitó las gafas redondas de lectura y miró por primera vez a los dos marinos, quietos en sus sillas como si los hubieran clavado.

El capitán y su primer oficial intercambiaron una mirada involuntaria.

—Hace unos meses —logró articular Alex, que había esperado no tener que resucitar aquel mal recuerdo—. Usted nos contrató a través de un tercero, para hacer un... transporte.

La reacción de Joan March fue de lo más inesperada.

—¿Ah, sí? —dijo frunciendo el ceño—. No lo recuerdo. ¿Salió todo bien?

Alex estuvo a punto de mentir descaradamente y decir que sí, que todo había ido de maravilla, pero entonces le pareció ver un brillo de astucia en los ojillos del hombre que tenía enfrente y supo que esa era la respuesta equivocada.

—Creo que usted ordenó matarnos —señaló al fin, esforzándose por parecer indiferente.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Fue porque se retrasaron en hacer la entrega. ¿Me equivoco?

—En su momento —explicó, esforzándose por mantener la calma—, le expliqué a su contacto que habíamos roto el motor y tuvimos que recalar en Orán para repararlo. No fue nuestra culpa, pero en cambio trató de hundir mi barco y luego matarme.

Joan March fingió cansancio, como si se viera obligado a repetir una lección a un niño travieso.

—Capitán Riley... póngase en mi lugar —alegó, ajeno a cualquier sentimiento de culpa—. ¿Cree usted que he llegado a donde estoy aceptando excusas? En este negocio la reputación es lo primero, y si alguien me falla o trata de engañarme... bueno, ya sabe lo que le pasa, ¿no?

—Yo nunca traté de engañarle —replicó Alex.

—Lo sé —contestó fríamente—. Si hubiera sido así, le aseguro que usted y su tripulación ahora estarían en el fondo del mar. Pero dejemos esta desagradable conversación a un lado —dijo, apartando el asunto con un ademán, como a una mosca molesta—. Me han informado de que ustedes tienen cierta experiencia en el rescate de barcos hundidos. ¿Es así?

Alex tragó saliva, pensando que cada palabra que dijera podría ser utilizada en su contra llegado el momento.

—El año pasado recuperamos un cargamento de cobre de un carguero hundido frente a la costa de Egipto —contestó, procurando ser lo más preciso posible.

Joan March asintió, al parecer satisfecho, para comentar a continuación:

—Mis colaboradores me han dicho que se trata de un proceso complejo, que necesita un equipo especializado y hombres bien entrenados —dijo esto último posando la mirada en la voluminosa barriga de Jack.

El gallego, entendiendo la insinuación, estuvo a punto de abrir la boca de no ser por el disimulado pisotón que le propinó su capitán.

—Tengo los mejores hombres y el mejor equipo —afirmó Riley, imprimiendo seguridad a su respuesta—. Pero todo depende de la profundidad a la que esté el pecio, las condiciones en que se encuentre y lo que se desee rescatar.

—Lamentablemente —contestó March, juntando la yema de los dedos—, no conozco con certeza el primer dato, aunque posiblemente esté a menos de cincuenta metros de profundidad. ¿Pueden llegar a cincuenta metros?

—Podemos —asintió, para preguntar a continuación—: ¿Y las otras cuestiones?

—Tampoco sabemos las condiciones en que se encuentra, pero creemos que no está en muy mal estado, ya que hace solo unos días de su hundimiento.

—¿Se saben las causas?

—Desde luego. —Una sonrisa de tiburón asomó entre sus labios—. Pero aún no se lo puedo decir, así como tampoco puedo darle la localización, ni decirle qué es lo que necesito que rescate. Esos son detalles que no conocerá hasta que sea necesario, y si decido contratarlo, claro está.

—Ya veo. —Alex se pasó la mano por la cicatriz de la mejilla, dudando de si al final había sido buena idea acudir a aquella reunión—. ¿Y qué garantía tengo... de que no quiera matarnos de nuevo?

Al banquero casi le da la risa al oír aquello.

—¿Garantía? —Miró a uno de sus guardaespaldas y le preguntó—: ¿Has oído? Me está pidiendo garantías. El tipo se cree que está comprando un automóvil.

El esbirro soltó una carcajada que cortó en seco en cuanto March levantó un dedo.

—Mire, señor Riley... —dijo dirigiéndose a Alex—. La reputación funciona en ambas direcciones. Haga bien su trabajo y será puntualmente recompensado. Hágalo mal y será comida para los peces. Esa es mi garantía —sentenció con frialdad.

Jack salió de su mutismo para susurrar al oído de su capitán:

—Este nos la va a jugar, como que me llamo Joaquín.

—No me lo está poniendo fácil, señor March —respondió Alex, y a su amigo le pidió silencio con un gesto—. ¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

El hombre más poderoso de la España de posguerra se inclinó sobre su mesa, taladrándolos a ambos con la mirada.

—Yo no he dicho en ningún momento que sea fácil —masculló con su voz de serpiente—, pero el premio les aseguro que vale la pena. La cuestión que de verdad nos atañe es: ¿pueden hacerlo, o no?